

Urbain Faligot

Los cátaros

del rigor a la pureza





Urbain Faligot

Los cátaros

del rigor a la pureza



Los cátaros

Urbain Faligot

LOS CÁTAROS



Avda. Diagonal 519-521, 2º - 08029 Barcelona
Depósito Legal: B. 15.003-2012
ISBN: 978-84-315-5274-9

Editorial De Vecchi, S. A. de C. V.
Nogal, 16 Col. Sta. María Ribera
06400 Delegación Cuauhtémoc
México

Introducción

Desde la noche de los tiempos, la fe, con sus miles de caras, es una necesidad profunda del hombre como lo es respirar, beber o comer. Se trata de una fuerza poderosa.

La necesidad de creer, inherente a la naturaleza humana y elemento esencial del pensamiento, se halla en el origen de todas las religiones.

El hombre inventó la religión empujado por la fe; no es la religión la que inventó al hombre. De este modo podríamos plantear el gran debate que supone preguntarse si el hombre inventó a Dios o si Dios inventó al hombre. También puede formularse de otro modo: creer o no creer. Es tarea de cada persona responder a esta pregunta.

Con independencia de creer en un Dios, todo el mundo puede desear un mundo mejor. Aunque no es exactamente lo mismo, sin duda se trata de creer en algo que, al menos, dé un sentido a la vida.

Se presenta entonces una paradoja: si bien muchos creen en un Dios, pocos se esfuerzan en lograr un mundo mejor. ¿Significa que las malas personas también creen en Dios? ¡Pues claro!

¿Hay entonces más hombres malvados que creen en Dios que buenos que no creen en él? ¡Por supuesto que también!

Así se demuestra, de ser necesario, hasta qué punto la fe forma parte del corazón humano, sea cual sea su calidad.

También nos muestra cómo el hombre antepone su egoísmo a todas las cosas y cómo, en caso de dificultad, pide a Dios que le ayude. Extraño acuerdo.

Si echamos un vistazo rápido a cuándo y cómo nacieron las grandes religiones, constataremos que cuanto más antiguas son, más tolerantes y humanas, y cuanto más recientes, más autoritarias y militantes.

Las primeras, a menudo procedentes del Extremo Oriente, se centran en la mejora del hombre por su propia voluntad y en la sujeción a una tolerancia superior; las otras, las de Occidente, emanan de una mejora del hombre gracias a la sumisión a un Dios omnipotente. Las primeras se acercan a una filosofía introvertida; las segundas se levantan sobre una extroversión agresiva.

Las grandes religiones modernas se han instalado en un contexto de dependencia del individuo en relación con las condiciones de libertad

existentes. Efectivamente, tanto en los siglos que precedieron a la «llegada» de Cristo como en los que le siguieron, si bien la esclavitud era la condición natural de la mayoría de las poblaciones, existía paralelamente una condición de hombre libre, de ciudadanía indudable que no podía sino despertar el deseo de rebelarse frente a aquellos que se hallaban en el poder. Si los pueblos se rebelaron, no fue por escapar de la esclavitud, sino para obtener las ventajas ligadas a esta libertad, como por ejemplo, estar rodeados de esclavos. Así es el hombre al que ayuda su fe.

Todo estaba encaminado, por lo tanto, a una vasta labor de recuperación política de la fe, de esa inmensa energía popular. Pero la fe es una cosa y la religión es otra.

El nacimiento del cristianismo resolvió así de la mejor manera y en el peor de los mundos posibles los problemas del individuo concediéndole la esperanza de escapar a su condición de esclavo (el mal), con la llegada de un mundo perfecto de amor y fraternidad (el bien).

Pero esto no resolvió todos los problemas, puesto que la extensión del cristianismo desencadenó la respuesta de aquellos que pretendían expresar la fe de forma diferente. Así lo hicieron los gnósticos, maniqueos, bogomilos, cátaros y otros opositores. De este modo, todas las personas que no pensaban dentro de los rectos límites de la fe oficial, fueron declaradas herejes.

UN REPASO A LAS RELIGIONES ANTIGUAS QUE CONDUJERON AL CATARISMO

El dualismo

Diógenes era un personaje particular. Al preguntarle Alejandro lo que deseaba, respondió: «Apártate, que me tapas el sol». Y, sin embargo, es posible que Alejandro se hubiera colocado a propósito entre el filósofo y el sol. Parece que Diógenes ya no deseaba nada de lo que los hombres pudieran darle. Diógenes había renunciado a cualquier impulso, incluso a aquel que motiva y pone en movimiento el espíritu de los hombres en un mundo en permanente expansión.

El hombre es al mismo tiempo parte activa y pasiva de este impulso, ya que no puede evitar actuar y sufrir a continuación el contragolpe. Aun siendo así, existe siempre una parte de él mismo que quiere y otra que no quiere. Se trata del «para qué sirve», del fatus, la fatalidad.

Ahí se encuentra la esencia misma de la dualidad que la razón; preocupada por clasificarlo todo, ha querido además ordenarlo bajo diferentes etiquetas. De ahí nuestro interés en distinguir varios tipos de dualismo. Pero estas distinciones suponen más una labor de comprensión para la razón que algo realmente útil. Así pues, el dualismo es esencialmente la naturaleza de oposición de lo que parece contrario:

— cosmológico: la oposición constante de dos causas contrarias que llevan implícita la permanente simultaneidad destrucción/construcción;

— metafísico: una realidad transcendente invisible opuesta a lo visible;

— antropológico: el eterno combate del hombre entre alma y cuerpo, razón y pasión;

— epistemológico: el conocimiento puede depender del sujeto, el ego, o del objeto, el alter ego;

— ético: oposición entre el deber y el placer, la responsabilidad y la irresponsabilidad.

En definitiva, lo dicho sólo sirve para mostrarnos que todos estamos siempre sujetos a contradicciones duales y que todas nuestras acciones y omisiones pueden entenderse a partir de este concepto. Como diría Jourdain en El burgués gentilhombre, somos todos duales. Habrá quien se sorprenderá al descubrirlo y quien no se sorprenda.

Dejando de lado esta clasificación pueril, el concepto perdura y adquiere una dimensión real, pero limitada, en cuanto se aplica a la filosofía o a la religión. Limitada, porque se trata siempre única y exclusivamente de una cosa y su contrario, pero interesante, porque lo que es una causa en una situación, puede ser una consecuencia en otra. Es como si, en un razonamiento matemático, después de probar que algo es cierto, se probara con otro argumento que es falso. Ser consciente de esta situación debe conducir a una decisión: sí o no.

En lo tocante a la religión, el dualismo es la oposición entre dos principios: Dios y el diablo. En filosofía, se trata de la oposición entre el alma y el cuerpo. Por lo tanto, reunir los dos principios en un único

concepto no deja de ser tentador y beneficioso: Dios es el alma y el diablo es el cuerpo.

El grave peligro de cualquier «escuela» es querer facilitar una explicación general a partir de un principio único que sólo puede resolver una parte. De este modo se abre la puerta a contradicciones de sentido común. No se puede ser a la vez cartesiano y gnóstico.

En la creación de un dualismo religioso se aprecian tres etapas. El antes: es el terreno invisible de las causas. El durante: es el terreno donde se aprecian las consecuencias generadas por las causas. El después: ¿qué será este después?; ¿habrá uno?; ¿es necesario que lo haya?

En lo que concierne al durante, es el mismo para todo el mundo. Pero, en lo que a causas se refiere, es imprescindible inventarlas. Generalmente se acepta el siguiente proceso: reinaba un Dios intemporal y perfecto; un ángel se le opuso, se separó de él y cayó. Este ángel maligno, para vengarse, creó el mundo del mal y lo visible.

En cuanto al ámbito del después, todo el mundo está más o menos de acuerdo en dar al hombre la oportunidad de acceder a la felicidad eterna. Sólo cambian los medios, pero todos pasan por la oración.

El tema del combate final para marcar el comienzo del después aparece en muchas religiones antiguas, como el Ragnarök en la mitología nórdica.

Como oposición al principio religioso de la dualidad existe el principio de unidad. Es el caso del cristianismo. La existencia de un Dios omnipotente, pero sobre todo eterno, permite confirmar el paso sencillo del antes al durante y seguidamente al después. Este Dios todopoderoso está presente tanto en lo visible como en lo invisible. Pero, ¿cómo pudo permitir este Dios todopoderoso la creación de un mundo tan malo? ¡No nos confundamos! El mundo era perfecto hasta que Adán y Eva se dejaron seducir. Su error permitió al Maligno manifestarse (de nuevo el tema del ángel caído).

La llegada del Hijo de Dios a la Tierra para dar a los hombres una segunda oportunidad de salvarse viene a confirmar, si no a probar, la unidad del principio que precede todo: la infinita bondad de Dios y su carácter eterno. Es el argumento del principio único. Dios es el único principio.

Por el contrario, en el sistema dualista coexisten dos principios previos: el del bien, de naturaleza invisible, y el del mal, de cuya existencia es prueba el mundo de los hombres.

De ser necesario, no resultaba difícil demostrar que la existencia de este mundo visible del mal era la prueba misma de que ese otro mundo invisible era real, puesto que, de acuerdo con el principio dualista, una cosa difícilmente puede existir sin su contrario. Sobre este tipo de sofisma se apoyaron los gnósticos al enfrentarse a la religión de los primeros siglos, ya que además para ellos era difícil de aceptar la creación del mundo según el Antiguo Testamento.

Los gnósticos, que vivieron el nacimiento del cristianismo, despertaban al sentimiento de la nueva religión tras una larga tradición de filosofía griega. Todo apunta a que no se presentaron ante el nuevo razonamiento con las manos vacías.

El pensamiento de Pitágoras estaba impregnado de auténtico dualismo. Se acerca a lo que pronto se dio en llamar orfismo en alusión a Orfeo, el poeta que viajó a los infiernos, de donde trajo la explicación de todos los misterios. Si bien está comprobada la existencia del orfismo, no es fácil decidir si fue una filosofía o una religión. Fuera lo que fuera, este sistema proponía una doctrina de bienestar del alma basada en prácticas expiatorias. En ella aparecen argumentos dualistas por primera vez en el pensamiento griego: debido a una falta original, el alma humana, de naturaleza «demoníaca», está aprisionada en un cuerpo, que es su materialización. El deseo constante de expiar dicha falta, mediante la oración, por ejemplo, puede conducir al alma a la redención tras sucesivas reencarnaciones. Dichas reencarnaciones sólo encontrarán su punto final con la inclusión en lo divino. Este sistema, a falta de ser una doctrina, plantea la cuestión angustiosa para el hombre del origen del mal y de los medios que debe poner en práctica para lograr el bienestar de su alma.

Todo esto muestra a la perfección hasta qué punto el dualismo forma parte de la naturaleza humana y cómo su única vía de escape es y sigue siendo lo divino. Pero también conviene tener presente el abismo que separa lo divino de la religión. De ese abismo surgirá el catarismo.

La filosofía pitagórica, más apoyada en lo divino que en la noción de un Dios, es dualista. Paralelamente a la doctrina cátara, que estudiaremos más tarde, un aspecto se invierte de uno a otro caso. Para Pitágoras, el alma es de naturaleza demoníaca y el cuerpo es sólo un envoltorio insignificante. Para los cátaros, el alma será de naturaleza divina y el cuerpo de naturaleza maligna.

La doctrina cristiana impone un Dios único como principio previo a todas las cosas. La doctrina dualista establece dos principios previos: el bien y el mal.

Zoroastro y el mazdeísmo

La existencia de Zoroastro está confirmada; Platón (428-348 a. de C.) lo cita varias veces. Gracias a diversas fuentes podemos situarlo en el tiempo, concretamente entre los siglos VI y V a. de C. Fue filósofo, historiador y religioso. Su verdadero nombre era Zaratustra, que los griegos tradujeron de un dialecto iranoarameo.

A partir de Zoroastro, el Sol perdió su condición omnipotente y pasó a ser un símbolo sencillo y magnífico, el fuego de la vida. De este modo, su concepción cambió de causa a consecuencia. En ese periodo de transformación adquirió una dimensión suplementaria: la luz del espíritu, es decir, la pureza.

Este paso de un estado poderoso e innato, el fuego propiamente dicho, a un estado de potencia espiritual, la luz en sentido figurado, fue la señal de un cambio profundo en las mentalidades. De ser objeto de una adoración temerosa, el Sol se convirtió en protagonista de un amor verdadero, participativo.

Así estaban las cosas a mediados del último milenio antes de nuestra era.

Esta época, el siglo V a. de C., es importante desde otros puntos de vista. También fue, no lo olvidemos, el momento del gran exilio de los judíos hacia Babilonia precisamente cuando estaban redactando el Antiguo Testamento.

Al mismo tiempo, Zoroastro reunía antiguos mitos y tradiciones para elaborar a partir de sus propias ideas un pensamiento de naturaleza religiosa que sería más universal, porque estaba impregnado de filosofía.

Este siglo V del último milenio antes de Cristo, muestra en muchos aspectos numerosos cambios. Se podría afirmar, sin equivocarse demasiado, que lo más destacable es la difusión de la escritura y el consiguiente acceso al conocimiento.

Paralelamente al desarrollo de este significado de la escritura, se va a formar una nueva orientación popular.

Existe una gran diferencia entre los dos procesos de creación que van a conducir, el uno a la elaboración del pensamiento de Zoroastro y el otro a la redacción del Antiguo Testamento. Zoroastro es heredero de veinte siglos de leyendas que, gracias a la escritura, quedaron reflejadas en Mesopotamia, mientras que los judíos comenzaron a redactar los primeros libros del Antiguo Testamento sólo cinco siglos antes. Además, las largas retahílas de reglas dogmáticas en que se basa el Antiguo Testamento son de un valor literario discutible, o cuando menos, discutido. En definitiva, si Zoroastro contó su propia historia, los judíos adaptaron por su parte la suya.

El libro sagrado del mazdeísmo es el Avesta. Se escribió tras la muerte de su iniciador. El mérito del Avesta es apoyarse en los antiguos mitos, actualizarlos y arreglarlos según una progresión coherente. Acceder a su significado es el resultado también de una progresión coherente. La obra es tan clara, tan bien estructurada, que aquellos que la conozcan podrán decir que su fácil comprensión se traduce en una forma de iniciación.

Esto es, al menos, lo que dicen de ella sus partidarios, puesto que, en realidad, esta religión es una de las peor conocidas que existen.

Sin embargo, y aunque parezca paradójico, está aún muy presente entre los parsis (de la antigua Persia), refugiados en el noroeste de la India desde la conquista islámica (siglo IX). De hecho, conocemos esta antigua religión del Irán gracias a los parsis. Sin embargo, las contradicciones profundas entre las prácticas del culto actual y las del culto pasado hacen que nos siga resultando hermética.

El Avesta plasma los dos principios previos en permanente conflicto: el bien y el mal.

El principio del bien está personificado por Ahura Mazda (u Ohrmazd), señor de la sabiduría. El principio del mal está encarnado en Ahriman (o Angra Mainyu).

Entre estos dos principios se establece una lucha constante que no cesará hasta la victoria final de Ohrmazd y la vuelta a una eternidad dichosa.

Alrededor de Ohrmazd se halla un panteón de dioses-principios que representan la piedad, la sabiduría, la virtud, la fertilidad, etc. Asimismo, en torno a Ahriman se colocan los poderes de la mentira, la equivocación, la violencia…

Cada vez que el hombre comete una mala acción o tiene un mal pensamiento, retrasa la victoria final del bien. En caso contrario, la adelanta.

Esta personificación de las diversas cualidades y defectos del hombre permitía transformar un miedo supersticioso en una creencia religiosa. Pero también introducía en la mente del individuo una forma de responsabilidad individual y colectiva al mismo tiempo. Otro aspecto poco desarrollado que sin embargo se menciona claramente en los Gatha (libros sagrados) es el de los Fravarti, una especie de doble tutela de cada ser humano, que se festejaba una vez al año. Esto recuerda sin duda la figura del ángel de la guarda.

El día del juicio final cada persona, responsable de sus actos, será aceptada o rechazada en el reino bienaventurado de Ohrmazd. Los rechazados serán condenados a vagar eternamente.

La manera de ilustrarlo, que podemos encontrar también en los Gatha, es la siguiente: el alma, al llegar al paraíso, es recogida por una joven o una anciana. Según la calidad del alma, se adelantará la joven o la anciana. La joven, inmensamente bella, encarna para el alma todos los deseos y sus propias formas. Esta joven es una especie de hermana, el doble femenino del alma.

No está de más subrayar en este caso la condición masculina del alma.

Por el contrario, la arpía representa la perfidia del alma, es decir, sus malas acciones e inclinaciones. Esta imagen se acerca a la idea de la reencarnación o de la resurrección.

Encontramos también otro detalle desconcertante en la religión de Zoroastro. El anuncio del juicio final será hecho por el Saushyant, el salvador, que vendrá a proclamarlo con anterioridad, para que los hombres tengan tiempo de prepararse.

El culto de la religión de Zoroastro es aún menos conocido que su doctrina. Con excepción de Persépolis, no quedan restos arqueológicos que nos revelen algo de esa época. Se sabe, sin embargo, que el fuego, su mantenimiento, su conservación, constituía la base de las prácticas sociales religiosas.

Originariamente, el fuego es hijo de Ahura Mazda. En la realidad, es a menudo objeto de una triple diversificación: fuego de la vida, fuego del rayo y fuego supremo del paraíso. Esta división se extiende también a las clases sociales: Atur Farnbag es el fuego de los sacerdotes, puesto que Farr encarna la idea del carisma divino. El fuego Guznasp (modelo) es el fuego estandarte de los guerreros. El fuego Burzin Mihr es el de los campesinos. De Mihr nacerá Mitra, el dios de las cosechas. El culto del fuego es, por lo tanto, la base de la práctica religiosa. Cuando es reverenciado como milagro de la luz, también es objeto de una clasificación por orden de importancia. Varharam, fuego supremo de la luz divina, impone la laboriosa unión de los fuegos de cualquier origen: los de origen real, los procedentes de los humildes y aquel con el que se haya quemado un cadáver. La elaboración de ese fuego va encaminada a una forma de universalidad.

En un segundo grado está el fuego Atas Adur. Está compuesto por cuatro elementos diferentes. Más fácil de practicar, se permite en cuanto una aldea agrupa al menos diez familias pertenecientes a la religión de Zoroastro.

Los fuegos de tercera categoría se disponen cuando se trata de una consagración, como en el caso de un templo.

Ya hemos visto que el fuego es un elemento cultural y social. Obliga a su mantenimiento, lo que supone una carga, pero es también una fuente de beneficios de los que una parte vuelven al rey por mediación de quien lo conserva. El mantenimiento del fuego, cargo honorífico, entra también dentro de las responsabilidades y los derechos sucesorios.

En el Avesta se establece claramente otra práctica sacerdotal. Se trata de la endogamia incestuosa, que persistirá hasta la invasión islámica.

En su calidad de religión dirigida al espíritu, la forma previa del mazdeísmo era de naturaleza más aristocrática que popular. Esta particularidad justificó durante mucho tiempo la existencia de sacrificios de animales valiosos que los pobres no podían costear. Por esta razón, Zoroastro los condenó. Al reducir el culto y su ceremonial a la más estricta de las sencilleces, el profeta la colocó al alcance de todo el mundo. Esta sencillez se halla presente en el ritual de todas las religiones dualistas y también entre los cátaros, pero por otras razones.

La influencia de la doctrina de Zoroastro fue inmensa y sobrepasó con creces los confines de Irán. La coherencia de este sistema, asentado sobre la dualidad del bien y del mal, no podía por más que seducir a las masas.

Además, ofrecía una explicación para la crueldad del mundo y una esperanza en el más allá. La otra particularidad maravillosa de este sistema no era ser la verdad, sino simplemente el hecho de poder serlo y que los hombres lo creyeran.

La reestructuración llevada a cabo por Zoroastro en el mazdeísmo, de tal profundidad que se convirtió en una reforma que modificó todos los aspectos de la vida social, provocó la divulgación de ideas, de las cuales muchas de ellas pasaron a ser modelos. Esta divulgación tuvo lugar a lo largo de los siglos VI y V a. de C., época esta, ya lo hemos mencionado, que asistió al gran exilio de los judíos a Babilonia por orden de Nabucodonosor II, rey de Caldea (baja Mesopotamia). Es, por lo tanto, evidente que la construcción de la religión judía tuvo que registrar su influencia. Por otra parte, ya hemos apreciado el número elevado de similitudes entre las dos religiones, lo que, lejos de contrariarnos, nos resulta atractivo.

Con raras excepciones sin importancia, el mazdeísmo se extinguió. Esta religión tolerante no poseía el peso suficiente para luchar contra el islam de los invasores.

A nuestro juicio, se puede extraer la siguiente conclusión de este ejemplo: una religión no puede crecer sin el fanatismo religioso y negociador de sus practicantes. Así lo habría dicho Zaratustra.

El mazdeísmo se construyó sobre la oposición coherente entre el principio del bien y el del mal. Pero la coexistencia con un Dios vencedor en última instancia suavizó su dualismo.

El maniqueísmo

El maniqueísmo toma el nombre de su profeta fundador, Manés o Mani, también llamado Manikhaios en griego, Manichaeus en latín o, finalmente, Mani-hayya en la lengua siriaca, que significa «Mani el vivo».

Nació el 8 de nisan del año 527 de la era seléucida —el 14 de abril del año 216 de la era cristiana— en una aldea próxima a Ctesifonte, en Babilonia. Las diferentes traducciones de su nombre, así como la precisión de la fecha de su nacimiento, dan idea de hasta qué punto fue grande su popularidad en vida.

Los orígenes

La dinastía seléucida reinó sobre una parte de Asia menor del 312 al 64 a. de C. La historia concede a Mani orígenes nobles por parte de madre, que nació como princesa arsácida.

Dos años después de su nacimiento, su padre, Patik, se retiró a Mesena, una provincia en el interior de Babilonia. Mientras oraba en el templo de Ctesifonte, escuchó tres veces una voz que le recomendaba abstenerse en lo sucesivo de beber vino, comer carne y mantener relaciones sexuales. Para obedecer esta orden, Patik formó dentro del reino una secta que recibía el nombre de los bautistas.

Cuando Mani tenía cuatro años, Patik lo llamó a su lado. Corría el año 220. La iglesia cristiana estaba en pleno proceso de estructuración.

Encontramos alusiones a esta secta en numerosos documentos de la época. Se les llama baptistaï en los textos griegos y coptos; al-mughtasilah («los que se lavan el cuerpo»), en los textos árabes y menaqqede («los purificados»), en los textos siriacos. Se trata, pues, de una secta judeocristiana, ni siquiera gnóstica, que se encomienda a la autoridad de Jesús y de sus mandamientos. De ahí que sea importante conocer este dato importante: Mani fue educado y formado dentro de una mentalidad influida por el cristianismo.

El maniqueísmo, en cuanto doctrina cristiana, se elaboró a través del pensamiento de su profeta a lo largo del siglo III.

Durante mucho tiempo fue considerado como una herejía, como una desviación gnóstica, cuando en realidad se trataba de una religión en el amplio sentido de la palabra; era dualista, ciertamente, pero coherente, estructurada, con unas instituciones rígidas que supieron preservarla de cualquier degeneración.

Para analizar a fondo el maniqueísmo, se han utilizado durante mucho tiempo los escritos de San Agustín, quien perteneció a este movimiento temporalmente para luego separarse de él.

Actualmente se dispone de fuentes más fiables por ser más directas. Desde comienzos del siglo XX, numerosas excavaciones, en todo el litoral mediterráneo y en zonas más alejadas, han proporcionado un abundante corpus de documentos que modifican y cuestionan todo lo establecido previamente.

La educación

Como decíamos, el joven Mani tiene cuatro años en el año 220, cuando su padre lo llama a su lado. En adelante será educado y acogido bajo la tutela de los bautistas.

Mientras se esfuerza en su educación, la mentalidad de Mani se fortalece y ya de niño deja ver el adolescente que llegará a ser. Tras mucho tiempo de docilidad, su espíritu se opone, y se rebela frente a ciertas prácticas.

Sus correligionarios se dividen por su culpa. Es joven todavía, pero seduce. Para unos es la luz, para otros un iluminado.

Tan sólo cuenta 12 años cuando, el 14 de nisandel año 539, Mani recibe un primer mensaje de sual-Tawn (especie de ángel de la guarda o de gemelo celestial). El mensaje le ordena abandonar la comunidad en cuanto sienta que tiene edad para poder hacerlo.

A partir de ese momento, las relaciones dentro de la comunidad pasan por altibajos y el adolescente, al que a menudo tratan de apóstata, prepara cuidadosamente, como el prisionero que tira de su cadena, una línea de pensamiento crítico frente a los dialécticos de la secta.

A los veinte años, abandona a los bautistas.

¿Qué hace durante los siguientes cuatro años? Los historiadores, poco partidarios de los vacíos, lo sitúan en la India. A decir verdad, no es una idea descabellada.

A su vuelta, tiene 24 años. Como hijo respetuoso, tal vez incluso amante, va a visitar a su padre. Entonces recibe su segundo mensaje, que le ordena, esencialmente, dar a conocer al mundo el elevado pensamiento que posee y del que los dioses le han hecho digno merecedor. Es el 13 de nisan del año551. Suele establecerse el nacimiento del maniqueísmo y el comienzo del apostolado de su profeta en ese día.

Convocado por los ancianos de la secta para responder a una acusación de desviacionismo o, lo que es lo mismo, de helenismo, es oficialmente

excluido. Una vez más la abandona, esta vez acompañado de su padre y seguido por dos fieles convertidos a su forma de pensar.

Difusión de la doctrina

Vuelve a Ctesifonte. Sin duda, allí se dedica a mejorar su forma de expresarse, mide su poder de persuasión. Pero en Ctesifonte, aletargado, no logra resultados a la altura de sus expectativas. Abandona Ctesifonte y parte de nuevo hacia el norte y el oeste de la India. Permanecerá allí dos años.

Al volver, conoce a un joven hermano del rey Shapur. Se organiza una audiencia real y consigue agradar al soberano y hacerse su amigo. Se le concede el permiso de predicar su reciente religión. Muchos de los dignatarios del entorno del rey, incluso el mismo rey, se interesan por su doctrina. Se inicia entonces para el profeta un periodo de intensa actividad que durará treinta años.

Se dedica a recorrer de un extremo al otro el reino, habla, predica, persuade, convence y convierte. Su popularidad se incrementa. Da a conocer su doctrina y, posiblemente aún mejor, logra que sea reconocida. Mani envía entonces sus mensajeros a todo el mundo conocido, del este al oeste, Grecia, Roma, Egipto. Pero cuanto más se amplía su auditorio, más atrae su éxito el odio de la clase sacerdotal oficial, defensora de un mazdeísmo de Estado.

Cuando se produce el drama, Mani tiene 57 años. Y el drama es la muerte de Shapur, el rey tolerante. Se le concede un respiro durante el escaso año de reinado de Ormizd, que sucede a su padre.

Pero Ormizd muere pronto y es sucedido por Bahram I.

Las intenciones del nuevo rey están completamente bajo el influjo de los sacerdotes oficiales, que se atreven finalmente a salir de su amenazadora situación en la sombra. Se apoderan del profeta. El rey sólo lo recibe para agravar las acusaciones.

Mani es encerrado en lo más profundo de un calabozo, cargado de cadenas tan pesadas que le impiden cualquier movimiento. Comienzan entonces los 26 días de agonía del profeta encarcelado.

La pasión de Mani

De inmediato, esta historia extraordinariamente triste del rey y el profeta adquirió una gran popularidad. Una creencia cruel, acorde con la moral simple de la época, decía que Mani fue decapitado a las puertas de la ciudad y que su cabeza fue expuesta a las miradas de la gente.

Pero esto no era suficiente para la piedad popular, que hizo de los últimos días de Mani una auténtica pasión. Así, la leyenda se apropió de él casi en vida y suprimió en parte las ventajas que hubiera supuesto una invención más realista y fácil de extender. Relata que el cuerpo del hombre santo, tras ser decapitado, fue cortado en pedazos arrojados sobre la vía pública, que la piedad popular atesoró para hacer de ellos reliquias.

¿Quién era Mani?

Zoroastro intentó dar esperanza a los hombres por medio de una religión posible y humana con cierta dosis de fatalismo, es decir, si bien el mal es inevitable, no es definitivo. Se limita, en definitiva, a ser únicamente un portavoz de la esperanza.

Mani dice: yo soy la esperanza. Soy el último de una serie de profetas, mensajeros celestiales, entre los que se cuentan Adán, Buda, Zoroastro y Cristo. Yo soy el único que posee toda la verdad, puesto que cada uno de ellos encarnaba sólo una parte.

«Yo soy el profeta supremo, porque el mundo ha entrado en su duodécimo y último periodo. Es necesario por lo tanto convertirse, pues va a desaparecer».

Así podría resumirse el mensaje de Mani.

Hay en esta profesión de fe un carácter evidente de universalidad.

«Mi evangelio se repartirá desde Oriente hasta Occidente, en todas las lenguas, en todas las ciudades. Mi Iglesia es la única que posee la verdad, porque es universal, mientras que las demás sólo son la expresión de creencias y elecciones locales».

Sin lugar a dudas, las intenciones de Mani eran ambiciosas. No nos precipitamos, sin embargo, al apreciar en él una luminosa megalomanía. En la sensibilidad de Mani hay un deseo apasionado de reunir lo infinitamente pequeño con lo infinitamente grande, es decir, la voluntad de una síntesis universal.

El apostolado

Las misiones difundieron a partir de ese momento la buena nueva por todos los lugares. Se trataba de la obra infatigable de Mani, de su vida, como la de sus doce apóstoles y numerosos discípulos tras su muerte.

Algunos relatos, considerados apócrifos, muestran al profeta residiendo en varios sitios a la vez. Esas inexactitudes son sólo debidas a la exageración provocada por el éxito.

Del mismo modo, la tradición hace alusión a estancias en la India, en el Tíbet, en China, en los cuatro puntos cardinales del vasto imperio persa, en plazos muy cortos.

Otras expediciones están más verificadas, como las de Pateg y Adda, que se establecieron en Egipto, tal vez con el maestro, entre el 244 y el 261, o la del discípulo Mar'Ammo, que pasó bastante tiempo en la provincia de Khorasán, a lo largo del río Amú-Daryá.

La expansión más deseada seguía siendo, sin embargo, la que conducía hacia el oeste, puesto que, para el profeta, el mundo cristiano era el objetivo esencial.

Dos razones motivaban esta estrategia. Una era que el mundo occidental, a punto de liberarse de los antiguos paganismos tradicionales, le parecía más preparado para recibir las enseñanzas de la nueva religión. La otra consistía en que el trabajo de conversión parecía más fácil debido a lo complementario de la doctrina de las dos religiones, la cristiana y la nueva.

Por eso rápidamente los enviados maniqueos realizaron sus primeras conversiones en la zona romana de Mesopotamia. A continuación, atravesaron Siria y Arabia y desembarcaron en Tebaida, a orillas del mar Rojo. Lo confirman los escritos del filósofo neoplatónico Alejandro de Licópolis, que cuenta las sucesivas visitas de dos discípulos de Mani, Papos y Thomas.

Desde allí, llegaron a Alejandría y llevaron a cabo tal número de conversiones que se produjeron agitaciones políticas.

En el año 297, aún en Alejandría, los maniqueos se involucraron en revueltas sociales. El emperador Diocleciano promulgó un edicto que denunciaba la perniciosa influencia introducida en el imperio por la nación persa.

Al mismo tiempo, ordenaba detener a los responsables de las agitaciones, los condenaba a muerte y confiscaba sus bienes. Pero la iglesia

maniquea estaba ya muy implantada en todo Egipto y su avance era difícil de parar.

Parece ser que la herejía alcanzó rápidamente el norte de África gracias al trabajo de evangelización de Addas, uno de los doce apóstoles del profeta.

Nos encontramos en el final del siglo IV, cuando, cien años después de la muerte de Mani, su doctrina gana un seguidor de excepción. Se trata de San Agustín. Se sumará al movimiento como creyente durante nueve años, del 373 al 382. Posteriormente, lo abandonará. Se desatarán entonces entre él y su antigua iglesia controversias bien conocidas por su contenido y sus protagonistas, Fausto, Fortunato y Félix.

Estas polémicas muestran la enorme importancia que había adquirido la religión en esta parte del mundo, si bien estaba ya perdiendo terreno en favor de la iglesia cristiana, que seguía aumentando su influencia. Y sin embargo, el maniqueísmo había realizado conversiones en Palestina e incluso en Roma.

Sería apasionante establecer un itinerario que condujera el maniqueísmo hasta el Languedoc francés. Sin embargo, es algo totalmente improbable por varias razones. La primera es que en esa época el sur de la Galia estaba ocupado por los visigodos, cuya capital se encontraba en Toulouse, y que parecían estar más preocupados por la filosofía que por la religión.

Además, aunque el maniqueísmo hizo algún intento de expansión a través de los territorios ibéricos hasta Aquitania, es necesario señalar que, durante el trayecto, se deformó hasta el punto de perder su auténtica esencia y de confundirse con otro movimiento, el priscilianismo.

No obstante, el siglo IV marca el apogeo del maniqueísmo en todo el Imperio romano, donde fue condenado sin excepción.

Catecismo y literatura

La doctrina de Mani es muy conocida debido a que fue objeto de codificaciones precisas para poder divulgarla y convertirse en universal. A este respecto, puede incluirse bajo la denominación de religión ex libro, «de libro». Esto constituye un progreso fundamental con respecto a las grandes religiones anteriores, que se limitaron a ser orales. Ni Zaratustra, ni Buda, ni Jesús dejaron constancia por escrito de sus enseñanzas.

Esto se explica por dos razones: la primera es que la escritura en el siglo III se había convertido en un instrumento de divulgación; la segunda es que, por medio del libro, la doctrina podía aprenderse y las conversiones se hacían a distancia. Una y otra razón, combinadas, corroboran el deseo de universalidad de Mani.

Mani, para este fin, tuvo cuidado de escribir en vida un corpus de reglas que los escribas tenían el deber de reproducir sin ningún cambio y que los evangelistas estaban obligados a traducir sin interpretar.

Este corpus está compuesto por siete libros escritos personalmente por el profeta o que le son atribuidos. Son:

— el Evangelio vivo: está compuesto por veintidós capítulos que corresponden a las 22 letras del alfabeto siriaco;

— el Tesoro de vida, al que San Agustín hizo referencia en repetidas ocasiones;

— el Pragmateia: no se conoce muy bien y se duda sobre el significado que se le debe atribuir: puede tratarse de un tratado que versa sobre la sistematización racional de la cosmogonía o, por el contrario, de una recopilación de leyendas. La falta de referencias en lo tocante a esta obra explica semejante divergencia en las opiniones;

— el Libro de los gigantes: un conjunto de leyendas que se refieren al origen de la humanidad. Se mezclan dos fuentes en ellas: una es de tradición irania y la otra es el libro de Enoch. Algunos fragmentos de esta obra fueron encontrados entre los manuscritos esenios del Mar Muerto (cuevas de Qumran).

— el Libro de los misterios: está compuesto por 18 capítulos y pretende ser el libro de los secretos revelados;

— las Epístolas: son las cartas de Mani y de algunos de sus sucesores. Se tienen noticias de la colección completa, pero sólo quedan fragmentos. Fueron desenterradas en 1930 en unas excavaciones en el Fayoum, donde se encontraron restos de una biblioteca maniquea. Finalmente, fueron destruidas a causa de un bombardeo sobre Berlín: las guerras no suelen respetar el pasado;

— el Libro de los salmos: una obra cuya pequeña extensión sorprende, porque sólo contiene dos himnos, dos salmos y dos oraciones.

En cuanto al Diseño de los dos grandes principios, este libro no pertenece al corpus canónico que constituyen los siete primeros. Parece ser

el mismo que otro llamado Eikon, «la imagen». Se ha llegado a la conclusión de que se trata de una recopilación de imágenes destinada a que las personas analfabetas entendieran mejor la palabra del profeta.

Este conjunto literario muestra que el profeta tenía un vivo sentido del proselitismo.

Gracias a estos libros, la religión se desarrolló muy deprisa y llegó lejos. Pero, justo a causa de ese carácter inmanente que le proporcionaban los libros, fue rápidamente atacada y destruida.

La doctrina

A continuación vamos a abordar la parte más difícil de esta breve exposición sobre el maniqueísmo. Corre el riesgo de ser confusa, porque el maniqueísmo era en sí mismo confuso hasta el punto de que contiene todo lo que significa el dualismo. Sería sencillo borrar todas las asperezas que hacen difícil su entendimiento, pero eso supondría retirarle todo el encanto y ofrecer una versión edulcorada.

Ciertamente, hemos trazado a grandes rasgos la personalidad de su profeta, Mani. Nos hemos asomado a sus escrituras y hemos comprendido su razón de ser y su utilización, pero también, a través de todo esto, adivinamos ahora que tal vez no existeuna homogeneidad perfecta entre la visión universal y su acepción prosaica.

El maniqueísmo es una religión gnóstica que busca lo universal. Lo universal tiene en común con las obras maestras que cada persona, sólo por lo evidente, es decir, sin detenerse a comprender ni a reflexionar, reconoce en él una parte de sí mismo. Esta noción de lo universal era la que trataba de imponer Mani. Muchos lo vieron, algunos lo comprendieron, ¿cuántos llegaron a creerle? El pensamiento sedujo porque era seductor. Pero sedujo más que convenció, quizá porque era demasiado intelectual. No basta con aceptar para asimilar.

La simplicidad

La doctrina se basa en tres estados: el antes (¿de dónde venimos?), el durante (¿qué somos?) y el después (¿dónde vamos?). Los tres estados se mueven dentro de los conceptos de tiempo y espacio. Estas son las cinco dimensiones sobre las que se va a construir el maniqueísmo.

Hay que señalar que estas cinco dimensiones son tanto la clave del gnosticismo como de la religión y la metafísica. Pero también hay que señalar que la metafísica y la religión renuncian siempre a situar un elemento en relación con los cinco puntos en un mismo tiempo. El inmenso talento de Mani radica en haberlo conseguido.

El axioma de partida es el siguiente. El saber absoluto sólo puede alcanzarse mediante el conocimiento simultáneo de uno mismo en Dios y de Dios en uno mismo. Para alcanzar esta evidencia, llena de poesía, Mani recurrirá al mito. Por las aguas de este mito navegará un personaje único, la luz, que bajo mil caras mantendrá un combate eterno con la sombra. Este único personaje será el alma destronada en la materia que avanzará siempre hacia la liberación a través de la inteligencia y el conocimiento.

En cuanto Mani se apoye en el gnosticismo, sus palabras se harán incomprensibles.

La situación que se vive en el presente es mala, debido a que es el resultado de la mezcla entre el espíritu y la materia, entre el bien y el mal, entre las tinieblas y la luz. Esta asociación imposible es la base de dos sustancias heterogéneas. Si se supone que esta mezcla impuesta proviene de un proceso de degradación, ello obliga a admitir que en un estado precedente estas dos sustancias estaban separadas.

Y este es el gran secreto del maniqueísmo.

Se podría creer que si en esta existencia el acercamiento entre esas dos sustancias, el espíritu y la materia, es una pésima combinación, dicho acercamiento, en un estado anterior, podría haber sido beneficioso. ¡No! La felicidad en ese estado precedente era producto de una separación. Lo mismo es aplicable para el después, liberación o redención, que nacerá del regreso a la separación absoluta entre las dos sustancias.

Dicho esto se puede resumir el mito en tres frases: en el estado anterior, hubo separación entre el espíritu y la materia; en el presente, hay una mezcla, es decir, dualidad; en el futuro, habrá de nuevo una división.

Esta es la expresión de un sofisma puramente gnóstico. Si no se complica más, el maniqueísmo no es más que esto. Desafortunadamente, no es suficiente para conformar una religión.

La complicación

1. En el principio, coexisten dos sustancias antagónicas. Una es absolutamente buena, la otra completamente mala. Una es Dios, la otra es la materia. Cada una de ellas está en una zona de la eternidad sin engendrar. El reino de Dios está al norte, el reino del mal al sur.

El reino de Dios está compuesto por cinco casas: inteligencia, razón, pensamiento, reflexión y voluntad. Están pobladas por numerosos eones.

El otro territorio está formado por cinco abismos superpuestos por donde se atraviesan sucesivamente el mundo de la bruma, el fuego, el viento, el barro y las tinieblas. Cada uno de esos abismos está bajo la autoridad de un jefe, un arconte, y posee sus propios pobladores innobles e infernales.

En el mundo de la luz, que se extiende no sólo por el norte sino también de oeste a este, el mundo de la noche se hunde como un espacio purulento.

2. El presente se abre en el momento en que la oscuridad intenta invadir la luz. Dios decide entonces combatir en persona. Para hacerlo, personifica su alma mediante la aparición de un hijo que nacerá de la «Madre de vida». Será el primer hombre. Tendrá cinco hijos: el aire, el viento, el agua, la luz y el fuego, que forman su ejército. A continuación, el primer hombre desciende hasta la frontera para combatir. Allí es vencido y precipitado al abismo. Sus cinco hijos son devorados por los demonios. De este modo, una parte de la sustancia luminosa de Dios se encuentra mezclada con la materia infernal.

A partir de ese momento, el espíritu del bien eterno, que permanece en segundo plano, tendrá que esforzarse en liberar al alma desterrada de su envoltorio de materia demoníaca.

El primer objetivo es salvar al primer hombre. Para este fin, Dios decide proceder a una segunda personificación de su alma bajo la forma de la siguiente trinidad: el Amigo de las luces, el Gran arquitecto y el Espíritu vivo. Este último tiene cinco hijos: Ornamento del esplendor, Rey del honor, Adamas luz, Rey de la gloria y Omóforo el portador.

El Espíritu vivo se dirige entonces a los confines del reino de las tinieblas en compañía de la Madre de vida. Allí lanza un gran grito de llamada hacia el abismo, al que responde la voz segura del primer hombre derrotado. El Espíritu vivo desciende al abismo de las tinieblas y tiende la mano derecha. El hombre derrotado se agarra a ella y el Espíritu vivo lo

libera de la oscuridad. Una vez fuera de las tinieblas, el cautivo regresa triunfante a la luz. De este modo, el primer hombre es el primer ser derrotado y el primer salvado. Con ello se nos muestra que nuestra degradación es sólo provisional y que Dios está siempre ahí para tendernos la mano de la redención.

3. La continuación es el largo relato autobiográfico de un demiurgo exigente; comienza así: el primer hombre se había dejado el alma en las tinieblas. Para poder ir a rescatarla, Dios organizó el mundo de lo visible después de que el Espíritu vivo, ayudado por sus cinco hijos, hubiera masacrado a los arcontes de los cinco abismos. De sus despojos fabricó el mundo. De sus pieles despellejadas hizo los cielos. De sus huesos creó las montañas. De su carne hizo la tierra. A partir de sus excrementos, fabricó un universo compuesto por diez firmamentos y ocho tierras. Luego manipuló tres lotes de la sustancia luminosa mezclada con la materia. Del primero extrajo el Sol, la Luna y las estrellas. Del segundo... Todo lo siguiente confluye en una explicación mítica y cosmogónica del universo tal y como muestra el siguiente ejemplo:

«En su desnudez radiante, el tercer enviado aparecía en el Sol alternativamente bajo la forma femenina a los arcontes masculinos y bajo forma masculina a los arcontes femeninos. Así, debido a su deseo, conseguía que brotara de ellos, al mismo tiempo que su simiente sobre la tierra, las parcelas de luz que habían engullido. De la parte húmeda de su pecado caído sobre la tierra, hizo nacer un monstruo marino que Adamas luz traspasó con su lanza. De la parte seca hizo germinar cinco árboles que produjeron todos los vegetales de la tierra…».

Tal lujo de detalles, semejante precisión de escribano en esta fabulosa invención nos llevan a preguntarnos si Mani había leído el Antiguo Testamento, si bien es cierto que este procede de una lógica menos compulsiva.

El significado místico de esta cosmogonía fabulosa demuestra que nuestro ser está compuesto por dos partes.

Una es el alma, «el yo propio», la base de la inteligencia y el conocimiento. Esta parte es consustancial a Dios. El camino hacia el bienestar consiste por lo tanto en separar esta parte divina de la inconsciencia, de la ignorancia en que la mantiene su unión con el cuerpo. Este propósito podrá alcanzarse siguiendo los mandamientos de Mani.

Por el contrario, si dejamos que por culpa de nuestra ignorancia, de nuestra inconsciencia, el alma quede sujeta a la impureza de la carne y la esclavitud de sus apetitos, la estaremos condenando a renacer sin fin en cuerpos vivos de naturaleza indeterminada. Esto es importante y lleva implícita la suposición de que cada estado vivo de la materia encierra un alma que recorre el camino de la redención. Todo acto de violencia contra las cosas o los seres vivos está por lo tanto prohibido.

Separar el alma divina de este envoltorio impuro implica pues una completa voluntad de abstinencia, de renuncia.

En el primer grado de la abstinencia se encuentra la fornicación, el primer placer del ser humano, por ser el menos costoso. De ahí se deriva la prohibición de procrear. A continuación, está prohibido comer carne o beber vino. Esto, en lo que concierne a las prohibiciones. En el capítulo de los consejos, se recomienda no poseer, no cultivar, etc.

En resumen, todo lo agradable para el ser humano, todo lo que es fuente de placer, está prohibido o bien es considerado maligno. Y sin embargo, en ninguna parte de la doctrina se observan prohibiciones que tengan que ver con el placer. Sin duda, los medios son muy limitados (la poesía, la música...), pero de todas formas, todo ello resulta extraño.

Reglas...

Vivir según semejantes preceptos no puede, evidentemente, seducir a todo el mundo, sino sólo a los más convencidos. Por eso, habrá dos regímenes distintos de observación de la regla: uno más flexible, relativo a los simples creyentes o «catecúmenos», y otro, más estricto, concerniente a los «hombres de fe». A los primeros se les recomendará no entregarse a la idolatría, no mentir, no ser avaros, no matar, no cometer adulterio, dedicarse puntualmente al ejercicio de la piedad. Fuera de estas cualidades morales, serán libres de elegir su oficio, de comer carne, de beber vino y de tener una concubina.

Sobre este punto es necesario rendir homenaje a la humanidad de Mani, que fue el primero en permitir a los hombres los placeres de la vida, aunque fuera dentro de una cierta moralidad. Si no se trataba de una religión, al menos era una ética. Podemos ver en ello una clarividencia inesperada.

… y comunidades

Como ya hemos dicho, la iglesia maniquea estaba formada por dos tipos de fieles, los catecúmenos y los santos, el vulgum pecus y la élite. Volveremos a encontrar esta distinción en todas las iglesias dualistas de obediencia gnóstica. Sin embargo, no hay que ver en esta distinción una separación, ya que los catecúmenos poseen, en diversos grados, responsabilidades dentro de la propia iglesia. En general, la iglesia maniquea es carismática.

A la cabeza del grupo hay un pontífice, que posee todos los poderes de un sistema centralizado hasta el extremo. En segundo lugar están los maestros. Son en un principio 12 y forman una especie de consejo supremo. A continuación, se encuentran los obispos (o diáconos) en un número de 72. En cuarto lugar, se cuentan los sacerdotes, cuyo número es en teoría de 370. Por último, cabe mencionar a los simples elegidos o elegidas. Fuera de esta clase sacerdotal, se encuentran los creyentes o catecúmenos.

Esta rigurosa organización es la expresión de la voluntad del profeta, que vio en ella el medio más seguro de la perpetuación de su doctrina.

Cultos y ritos

Para poder dedicarse a su culto, la iglesia maniquea debía tener templos. Los templos de esta religión, cuando acababa de salir a la luz, fueron lo que se tenía a mano, a veces un edificio de vocación específica, más a menudo la gran mansión de un elegido. La sala principal albergaba los muebles destinados al ceremonial, a menudo imágenes y siempre una del profeta. Se quemaban perfumes y se escuchaba música, porque el carácter de la música es inmaterial y celeste. Su utilidad era acompañar los himnos religiosos.

La mesa era el mueble más importante de todos y a su alrededor los fieles se reunían y comían. Parece que, si bien el hecho de comer no tenía en sí un carácter eucarístico, el valor sagrado del acontecimiento era considerable debido a que todo lo que se consumía era la expresión de la vida alimentada por la vida. No se celebraba ni el bautismo ni la comunión, puesto que no se conocían los sacramentos.

La oración poseía evidentemente un peso importante. El elegido debía dedicarse a ella siete veces al día. Para hacerlo, tenía que orientarse hacia el

sol de día, hacia la luna de noche, etc., y en caso de bruma hacia la estrella polar. No hay en esta actitud ningún atisbo de idolatría ni de fetichismo, sino simplemente la conciencia del largo viaje que hay que recorrer para llegar a la luz.

El ayuno era una función esencial, del mismo orden que la oración. Solamente tenía lugar el domingo para los catecúmenos, pero se extendía a los lunes para los elegidos. También había que contar para los elegidos periodos de ayuno más o menos riguroso durante ciertos momentos del año. La razón de ser del ayuno dominical era prepararse para la confesión del lunes. Los catecúmenos se confesaban a los elegidos, y los elegidos se confesaban entre ellos. Una vez al año, unos y otros se sometían a un gran ayuno de 30 días que culminaba con una confesión general y común. El significado de este gran ayuno era rememorar, de este modo, los 26 días de martirio del profeta.

El último punto esencial de este ritual era el deber de dar limosna. Sólo afectaba a los catecúmenos. Para compensar su estado al margen de la religión, este deber consistía en devolver servicios a la comunidad de los elegidos, bajo la forma que fuera. En realidad era una imposición de comportarse generosamente con los pobres y desheredados.

Se sabe poco sobre las fiestas relacionadas con el calendario maniqueo. En la mayoría de los casos, su razón de ser era conmemorar los martirios.

Sólo la ceremonia de Bema es muy conocida. Se celebraba hacia finales de febrero y concluía con un gran ayuno. En el centro de una gran habitación se colocaba un estrado de cinco niveles, ricamente adornado, cuyo fin era alzar el retrato del profeta. La fiesta tenía un doble significado, puesto que conmemoraba a la vez el martirio del santo y su ascensión hacia la luz. Tanto la festividad como la época de su celebración no dejan de recordarnos a la Pascua cristiana. Sin embargo, no hay que ver en ello un intento de superposición, porque los maniqueos celebraban también la Pascua.

Conclusión

Evidentemente, la cuestión que se plantea es, ¿por qué no sobrevivió esta religión?

Muchas pueden ser las explicaciones, producto más del sentido común que del conocimiento.

La primera es que, obviamente, fundar una religión sobre conceptos como la inteligencia, la conciencia y el saber, sólo puede seducir a los intelectuales. En cambio, inventar una mitología tan rocambolesca no fue de ningún modo un error en su tiempo, puesto que estaba relacionada con el imaginario del pueblo.

Otra explicación más es la falta de rituales o, mejor dicho, la ausencia de sacramentos. Una religión sin sacramentos es como una religión sin pruebas. Comulgar el domingo es una prueba de que Dios existe, ya que comulgamos con él.

Una tercera explicación consiste en que esta religión, inventada exactamente dos siglos después de la religión cristiana (¿hay que verla como una reacción?), era tal vez un error en sí misma. La llamada del profeta fue sin duda prematura, en su intento de elevar la dignidad del hombre al rango de universal. Pero los profetas no siempre se manifiestan en el momento preciso, hacen lo que pueden. Sólo unos pocos tuvieron éxito en una época en que eran realmente numerosos.

Al margen de todas estas explicaciones, existe otra provocada por la realidad del momento: la represión sanguinaria de la que fue objeto, ya en vida de su fundador, salvo en el oeste de China, donde se practicó todavía hasta el siglo XIII, cuando Gengis Kan la sofocó a base de sangre y fuego.

Por último, el error de Mani fue, pensando sólo en sí mismo, ver en los hombres lo que podían llegar a ser en lugar de ver lo que eran.

Probablemente, y como último recurso, hubiera sido deseable que otra persona hubiese fundado el maniqueísmo.

El hombre dual entre el bien y el mal

Por motivos de claridad, se suelen ordenar los sistemas metafísicos relacionados con el espíritu del individuo en sistemas filosóficos o sistemas religiosos. Pero, en definitiva, cuestiones siempre planteadas como el porqué o el cómo están cada vez mejor formuladas. Así que compete al espíritu contentarse con ese tipo de respuesta o no hacerlo. En el caso en que no se contente, sólo queda una solución: Dios.

El sentido de lo divino es inherente al ser humano y de ahí a la sensibilidad religiosa hay un pequeño paso.

La elaboración de las religiones se ha hecho en función del estado cultural del individuo. Una determinada religión nace en un momento preciso. Ese momento no es fruto de la casualidad, sino el producto de unos factores que no existían anteriormente.

Todas las religiones fueron en su inicio politeístas; cada tipo de desgracia era objeto, debido al temor que engendraba, de un proceso que pasaba de la reverencia supersticiosa a establecerla como poder. Existían, evidentemente, las potencias del mal y, en consecuencia, las potencias del bien, y de ellas surgía un instinto divino del mal, esencial y habitual, y un instinto divino del bien, pero relativo y excepcional.

Al primero se le concedían sacrificios para prevenir y al segundo como agradecimiento. Con esto se demuestra, si aún existe alguna duda, que el espíritu del hombre aprisionado entre el bien y el mal, la felicidad y la desgracia, es de esencia dualista, lo ha sido siempre y siempre lo será.

El hombre, de forma involuntaria, mide su vida en función del mal que ha sufrido, rara vez del bien que le han hecho o ha hecho. La noción del mal es pues innata en el hombre; es más, constituye un denominador común. Así, ya los niños llevan a cabo acciones crueles, como arrancarles las alas a las moscas. Esta idea nos permite conjeturar, que no afirmar, que el hombre es malo por naturaleza y que para convertirse en bueno debe ir en contra de su naturaleza. Y este concepto enciende una nueva luz sobre la noción de dualidad. Sea quien sea, al establecer un Dios principio del bien, el hombre sólo está legitimando al otro Dios principio del mal, es decir, a sí mismo. Por lo tanto, teniendo en cuenta una «teoría intelectual» de la cualidad, el hombre recorre hacia su felicidad un camino contra natura. Al actuar así, el hombre no hace más que alzarse valerosamente contra sí mismo. Por esta razón casi todas las religiones dualistas fueron practicadas por hombres audaces.

Para saber esto, el hombre consciente no necesita la dimensión religiosa de la felicidad, puesto que busca su felicidad en el presente de los hombres y no en el más allá, pero esta dimensión religiosa es indispensable para el hombre habitualmente inconsciente. Hay también una cierta lógica en la evolución del hombre común y valeroso hacia el fanatismo y por último hacia el martirio.

En un intervalo de diez años, de 500 a 600 cátaros convencidos se dejaron sacrificar en las hogueras de la represión. ¿Cuántos arzobispos han sufrido la misma suerte en veinte siglos de cristianismo?

Los bogomilos

Este movimiento fue promovido por un pobre sacerdote heresiarca cuyo nombre era Bogomil («el amigo de Dios») o, al menos, eso se dice.

Se sabe tan poco sobre él que no está de más preguntarse si realmente existió.

La doctrina de los bogomilos se inició en el siglo X en Bulgaria. Rápidamente se extendió hacia el norte (hasta los países balcánicos), y después hacia el sur (hasta Asia Menor), atravesando el Bósforo por Constantinopla, cruce de caminos de todas las rutas comerciales, de todas las herejías, de todas las religiones.

La esencia de este movimiento era gnóstica. Por lo tanto, para entender la doctrina que seguía es conveniente plantearse, en este punto, la siguiente pregunta: ¿Qué es el gnosticismo? El gnosticismo es una práctica de pensamiento religioso que no cuestiona la noción de Dios, sino que la relativiza o la altera. A partir de esto, deja de aceptar todos los axiomas y propone hipótesis alternativas.

A la afirmación «Dios es todo y todo emana de él», puede oponer los siguientes argumentos:

— Dios existe, pero todo está subordinado a la existencia de dos principios contrarios: el bien y el mal;

— Dios es uno, luz, pero el mundo es dos, sombra y luz;

— Dios es el conocimiento, el mal es la ignorancia.

Así pues, hay varias formas de dualismo, y la doctrina bogomila es una de ellas. Basta que haya una oposición.

El dualismo bogomilo expresará el antagonismo entre el bien-luz y el mal-tinieblas.

Se podría reflexionar ahondando en la cuestión de que la luz es una y singular, mientras que las tinieblas son múltiples y plurales, como si la luz procediera de la evidencia y las tinieblas del artificio.

El origen de este movimiento no se apoya sobre razones idénticas a las que generaron los sistemas dualistas de la Antigüedad. Por aquel entonces, se trataba de crear una religión susceptible de explicar al hombre el porqué de su infelicidad presente y que le ofreciera una esperanza en el futuro.

El bogomilismo nació del rencor del bajo clero búlgaro ante la licencia y el poder de los señores, temporales y espirituales. Esta doctrina surgió, pues, como reacción.

El atractivo inmediato de las religiones anteriores, más íntegras, funcionó mucho más cuanto más alejadas estaban, tanto en el tiempo como en el espacio.

Es fácil comprender la evolución paralela y progresiva de dos estados sin relaciones aparentes, pero que se han modificado de manera simultánea.

La oposición al feudalismo poderoso y opresor no se desató en bloque de la noche a la mañana sino que fueron necesarias varias generaciones.

Por otra parte, hizo falta tiempo para que ese pequeño clero descontento se dirigiera de forma masiva hacia una forma de religión que, si bien no era la oficial, no le era en absoluto lejana.

Pero llegó un día en que los dos movimientos se encontraron, se reconocieron y se reforzaron mutuamente.

De este modo surgió el bogomilismo, por un deseo de austeridad ante las costumbres relajadas del clero.

Por lo tanto, en sus orígenes, el sentimiento promotor del cambio era una oposición a la clase sacerdotal existente, cuyas relajadas costumbres no eran ejemplares. Dicha oposición se manifestaba en una preocupación por la austeridad, por el ascetismo próximo al maniqueísmo del que, rápidamente, hizo suyos varios criterios, entre ellos el rechazo a sacramentos como el matrimonio, el bautismo y la comunión.

El bogomilismo denunciaba asimismo la idolatría de la cruz, renegaba del Antiguo Testamento y ensalzaba los Evangelios. Su principio era que el mundo aparente es obra de un Dios de las tinieblas sin relación con el verdadero Dios de la luz. Una concepción absolutamente dualista.

Naturalmente, las clases bajas del pueblo se sumaron al movimiento, pero más por un espíritu reivindicativo que por un auténtico sentido de lo sagrado.

Pronto esta corriente de ideas religiosas se transformará en una corriente de reivindicación social y culminará en una simbiosis de los dos movimientos.

Hacia el siglo IX, la Iglesia de Roma comienza a enviar misioneros, a través de Grecia y Macedonia, hacia Bulgaria y los países balcánicos. Poco antes, el patriarca de Bizancio ha comenzado la misma obra de evangelización. Ni los unos ni los otros, sin embargo, son los primeros en

colonizar espiritualmente los Balcanes, puesto que los paulicianos ocupan de forma esporádica el territorio desde casi dos siglos antes.

Los paulicianos forman una secta gnóstica cuyo nombre se une unas veces, sin justificación aparente a San Pablo, y otras, a Paulo, de la secta de los maniqueos, considerado uno de los fundadores. Esta secta vio la luz en el siglo VII en Armenia.

Los paulicianos distinguían el Dios bueno, creador del cielo, y el Dios malo, creador de la materia maldita; negaban la Redención; no concedían valor alguno a la Iglesia oficial y, sobre todo, a la vida monástica. Se entregaban a la celebración de ritos de purificación y predicaban, entre otras cosas, la continencia rigurosa.

Su historia es muy conocida gracias al testimonio de un bizantino, Pedro de Sicilia, que escribió en el año 870 un informe sobre ellos titulado Historia de los maniqueos también llamados paulicianos. Los paulicianos son, por lo tanto, una prolongación puntual del maniqueísmo que jamás ha dejado de existir del todo. Muchos paulicianos se convirtieron al islamismo, pero algunos de ellos se hicieron católicos; sus descendientes, unos veinte mil en Bulgaria, llevan todavía dicho nombre.

Si hemos de creer a los cronistas de la época, como Cosmas y Eutimio de Zigabene, habría habido en este caso dos bogomilismos, uno radical y otro moderado, puesto que tanto un cronista como el otro hablan de forma diferente al respecto.

El primer tipo, puro y duro, habría sido de obediencia maniquea. El segundo, tolerante, habría elaborado el siguiente mito.

Al principio, existía el mundo espiritual de un Dios trilógico. La organización de ese mundo espiritual se hallaba bajo las órdenes de su hijo mayor, Satán. Este, ambicioso y mal hijo, se rebeló con una parte de los ángeles sobre los que gobernaba. Sin embargo, la sedición fracasó y los rebeldes fueron expulsados fuera del mundo divino. Desde ese instante, y para sobrevivir, no les quedó otro remedio que crear otro mundo sobre el que reinar, un mundo malvado, el de los sentidos.

En uno y otro caso, la creación del mundo real es obra del demonio. No hay por consiguiente entre las dos escuelas más que una ligera diferencia que implica, para los radicales, la existencia al inicio de los dos principios, el bien y el mal. Seguidamente, Satán, sin gran experiencia, pide a Dios que le ayude a crear al primer hombre. Dios accede. Esto implica para el hombre la separación original entre el bien y el mal.

La continuación de la historia sorprende, pues dice que Satán, con su propio ingenio, dio forma a Eva, lo que permite augurar la facilidad con la que, más tarde, la seducirá con una simple manzana.

También quedaba claro en el mito que la amputación de la parte mala del hombre sólo se produciría después de cinco mil quinientos años, con el descenso a la tierra de un hijo menor de Dios.

Los elegidos tenían que recitar siete oraciones al día y cinco por la noche. Una forma de su ceremonial se vuelve a encontrar entre los cátaros: la imposición de las manos en el momento de la elevación del creyente al estatus de elegido. Antes de esta ceremonia, el postulante debía confesarse, ayunar y rezar durante un intervalo de tiempo bastante largo.

El ceremonial era de una gran sencillez y se resumía en el simple acto de colocar los Evangelios sobre la cabeza del futuro elegido. Después de esto, los fieles recitaban unos padrenuestros y cantaban himnos cogidos de la mano.

Durante los siglos XI, XII y XIII, el bogomilismo se extendió con facilidad hacia el oeste, por Serbia, Bosnia y Croacia, lo que no deja de sorprendernos, puesto que esos países, tan próximos a Roma, estaban enormemente influidos por un cristianismo ortodoxo o por su competidor, el catolicismo romano. Tal vez gracias a sus divisiones, esta nueva religión se implantó allí con facilidad a pesar de la feroz oposición, en los primeros años del siglo XIII, del gran papa que fue Inocencio III.

Entre 1250 y 1300, en Bosnia, la iglesia bogomila fue instituida religión de Estado. Su sede estaba en Pogeza y contaba, se dice, con la sorprendente cifra de diez mil elegidos. Si Roma estaba sólo a un paso de la costa bosnia, las llanuras de Lombardía y la Toscana estaban todavía más cerca, gracias a las rutas comerciales. Fueron las siguientes etapas de la conquista. El bogomilismo se instaló en ellas confortablemente ante los propios papas.

En el año 1150, la iglesia lombarda de Concorezzo congregaba a más de mil cuatrocientos elegidos.

Al mismo tiempo que se instalaba durante el siglo XI en el norte de Italia, la herejía continuaba su recorrido por la ruta marítima y comercial habitual. Así fue como, tras implantarse en Génova, desembarcó en Marsella y luego en Narbona.

El Languedoc, con un sentimiento feroz de autonomía de vocación mediterránea, inmerso en una cultura cada vez más occitana, fue una presa

fácil.

LA PEQUEÑA FRANCIA EN ÉPOCA DE LOS CÁTAROS

Dos siglos de guerra santa

En la época en que da comienzo esta historia, la de los cátaros, un siervo, un campesino ligado a la tierra, valía cuarenta sueldos. Un caballo costaba cien sueldos. Un caballo era más útil que un siervo.

El tiempo de los cátaros fue el tiempo de las cruzadas. Duró dos siglos, de 1100 a 1300, aunque sus orígenes se remontan a mucho tiempo atrás.

Las cruzadas fueron las apasionantes expediciones de los aventureros de la época.

Estos héroes de la cristiandad, enviados por el Papa a la misión espiritual de arrebatar la tumba de Cristo a los infieles, condujeron poderosos ejércitos a Tierra Santa. En efecto, era del todo intolerable, tanto para el Papa como para el conjunto de la cristiandad, que la tumba de Cristo permaneciera en territorios que se encontraban bajo el control de los herejes mahometanos.

A lo largo de estos dos siglos de guerras de religión los cruzados fueron alternativamente vencedores y vencidos.

Pero las cruzadas no fueron únicamente una guerra santa. Los ejércitos cristianos tenían otros motivos para movilizarse, como eran el gusto por la aventura, la esperanza de gloria y, en especial, el deseo de conseguir riquezas. Tres siglos más tarde, Hernán Cortés utilizará los mismos argumentos religiosos para destruir a los aztecas con el propósito de obtener oro; la religiosa o moral ha sido una excusa utilizada a lo largo de toda la historia para la conquista de territorios.

Por otro lado las cruzadas, aquellos enfrentamientos contra los poderosos pueblos árabes, tuvieron más una repercusión simbólica que una utilidad concreta: algunos encontraron en ellas la gloria en vida; muchos hallaron la muerte.

La Francia del año 1000

Los reyes de aquella época no tenían el poder ni la estabilidad que adquirieron más tarde, en la época en que el poder feudal, repartido entre los numerosos señores, comenzó a centralizarse en manos de los monarcas europeos; durante el reinado de Luis XI, el reino de Francia empezó a constituirse dentro de unas fronteras que ya anunciaban las de hoy.

La Francia del año mil era una vasta propiedad personal cuyos límites eran los dominios del rey Roberto II el Piadoso, sucesor de Hugo Capeto.

El primer Capeto conocido fue Roberto el Fuerte (muerto en el año 866), un sajón, soldado de fortuna entre aventurero y capitán, procedente de las familias trasladadas a la Galia por Carlomagno. Combatió junto a Carlos el Calvo contra los normandos, y de él obtuvo Anjou, antes de establecerse de forma permanente entre el Sena y el Loira.

Roberto I, su hijo, se convirtió en rey en el año922 (sólo lo fue durante un año), y no dejó de batirse contra los normandos y a menudo contra el carolingio Carlos el Simple. Finalmente logró debilitarlo en una última batalla donde encontró la muerte, pero que su hijo Hugo el Grande acabó por ganar (Soissons, 923).

Hugo el Grande (o el Blanco), más hábil en política que su padre, rechazó el cargo real y lo cedió sucesivamente a Carlos el Simple y a Luis IV de Ultramar, de la dinastía de los carolingios, pero se las arregló para aliarse sucesivamente con el germano Otón I el Grande y con los normandos, mientras aumentaba sus territorios y crecía su poder.

Al de Ultramar pronto no le quedó en Francia nada más que su título y la ciudad de Laon. Mientras tanto, Hugo, para entonces conde de París —título que constituía un verdadero poder— se convirtió en duque de Francia, dignidad puramente honorífica.

A la muerte de Luis IV obtuvo la soberanía feudal de Aquitania y el ducado de Borgoña (956). De este modo preparó el advenimiento de su hijo Hugo I Capeto.

En esta época no existía el derecho de herencia del varón primogénito, por lo cual Hugo heredó conjuntamente con su hermano. Las propiedades del padre, conde de París y duque de Francia, se repartieron, de modo que fue a parar a sus manos la región de l’Île de France, es decir, el condado de París.

El comienzo del reinado de Hugo Capeto de fue poco brillante pero se casó con la hija del carolingio Guillermo Cabeza de Estopa y, a la muerte de Luis V se benefició del apoyo del clero, que buscaba un acuerdo entre

Germania y Francia: en el año987 fue proclamado rey de Francia y consagrado en lugar del último gran carolingio, Carlos, alcanzando la gloria con esta consagración y la institución de su hijo como heredero, el cual se convertiría en el año996 en Roberto II el Piadoso. Este hecho aseguró el poder hereditario de la casa, marcando el origen de la dinastía capeta.

De este modo se comprende cómo llegaron a asimilarse en una única realidad el título de conde de París y el de rey.

La nobleza

Condes y condados

La palabra conde procede del latín comes, que significa «compañero». El uso de este término comenzó en el Bajo Imperio Romano, en época de Constantino (siglo IV). Se concedía la dignidad de comes a personas de confianza; eran una especie de ministros que representaban el poder, a menudo en el extranjero o en provincias.

El uso y la denominación de estos altos funcionarios fueron retomados y confirmados por Carlomagno quien, en todo su imperio, contó con no menos de trescientos. Estas personas no recibían ninguna retribución, de modo que para poder mantener el modo de vida que su dignidad les imponía se les concedían a modo de donación territorios con los que poder mantenerse.

También existía en el imperio carolingio el graf, que daría lugar al landgrave y después al margrave, especie de condes de segundo orden. Su equivalente en la Inglaterra de Guillermo el Conquistador, fue el earl.

Los poderes de estos condes fueron grandes, y representaban principalmente la administración imperial. Para conservar ese poder era necesario apoyarlo en la fuerza de un ejército. De esta forma, el conde se convirtió no sólo en jefe administrativo, sino también en jefe militar y seguidamente, por supuesto, en jefe judicial.

Para mantener un ejército poderoso, el conde debía poseer grandes territorios. Esto explica que todos ellos, desde el menos importante al de mayor relevancia, desearan constantemente ver crecer su patrimonio o, lo que es lo mismo, su poder.

Lógicamente, los condes no consideraron recomendable que tantas riquezas cayeran en dominio público, que volvieran a caer en manos de los

enemigos a la muerte de sus propietarios, por lo que, rápidamente, el título de conde pasó a ser hereditario. Y esto tuvo una consecuencia directa: desde ese mismo instante se instituyó, por oposición a la manera belicosa de aumentar un patrimonio, una segunda forma de conseguir riquezas: el enlace matrimonial. A partir del año 900, se forman los grandes condados y sus amos se convierten en señores poderosos.

Duques y ducados

La palabra duque también proviene del latín del Bajo Imperio. Dux significa «aquel que conduce», «el guía». A su vez, esta palabra deriva del verbo ducere, «conducir».

En época de Constantino, todos los poderes se concentraban en manos de un único gobernador que era jefe militar, administrativo y judicial; por descontado, también detentaba una buena parte del poder económico.

Pronto, y con el fin de reducir esta concentración de poder que temían justificadamente los cónsules, se instauró la costumbre de separar lo militar de lo administrativo. El poder militar se confió entonces a un dux, cuyo poder sería semejante al que hoy ostentaría un teniente general.

El mundo bárbaro, como consecuencia de sus incursiones en el mundo latino, adoptó esta costumbre y la superpuso a una de las suyas, aún más antigua. Esta se basaba en el hecho de elegir, en caso de guerra, al jefe militar que, en tiempo de hostilidades, ostentaría poderes ilimitados. Este jefe era el herizogo, de donde procede herzog, el equivalente alemán de duque.

Poco a poco y por medio de una lógica imparable, esos jefes militares, durante la Edad Media, le tomaron gusto al poder y se acostumbraron a conservarlo. A partir de entonces nacieron, casi por toda Europa, ducados, pequeños reinos más o menos poderosos que, una vez más, se convirtieron pronto en hereditarios. Evidentemente, el ducado se oponía al reino y, allí donde este último era débil o no existía (Alemania, Italia), los ducados se hicieron fuertes.

Carlomagno no dejó al morir herederos que pudieran encargarse de su imperio. Debido a esta ausencia de autoridad, se constituyeron, en una zona que ya no era la Galia, pero que todavía no era Francia, cuatro grandes ducados: Bretaña y Aquitania, a finales del siglo IX; Normandía, a principios del siglo X, y Borgoña, a comienzos del siglo XI. Tras largas

luchas, acabaron por quedar reunidos dentro de la Corona: Normandía bajo Felipe Augusto en1204, Aquitania bajo Carlos VII en 1453, Borgoña en 1479 y Bretaña en 1532.

Si bien los ducados desaparecieron, el cargo ducal permaneció y adquirió un carácter honorífico, de forma que los ducados se concedieron exclusivamente a los príncipes de sangre real. Poco a poco se crearon distinciones. Aparecieron duques y pares, duques hereditarios y duques de propiedad cuyo título sólo era válido en vida de quien lo ostentaba.

Después de que la Revolución francesa lo aboliera, el título de duque fue recuperado por Napoleón quien, preocupado por configurar una nueva nobleza imperial, creó unos treinta y cinco. La Restauración instauró diecisiete, y el Segundo Imperio, catorce.

Barones y grandes barones

En la escala nobiliaria, el título de barón parece, si se permite decirlo, el pariente pobre, puesto que es de origen plebeyo. Ni siquiera el nombre tiene la nobleza de un origen latino. En la época de las invasiones bárbaras, el baro es simplemente un hombre libre, por oposición al esclavo, que se convertirá en siervo (del latín servus) en el sistema feudal. Vale la pena destacar la diferencia, puesto que en esta época de la historia, la condición de esclavo, como la de criado, es la condición y el estatus normal de la inmensa mayoría de los individuos. En aquel momento, en el que la fuerza prima sobre el derecho, la noción de libertad estaba generalmente ligada a la de amo.

Al final del primer milenio, cuando la libertad comienza lentamente a extenderse, la palabra baro cambia de significado y pasa a referirse sencillamente al marido. Como tal debe entenderse el propietario de bienes materiales, entre ellas una mujer.

Al inicio del siglo X, los barones se convierten en grandes propietarios de terrenos y después en señores que gozan de grandes prerrogativas feudales.

Tres siglos más tarde, el título se encontrará en el apogeo de su gloria, puesto que se nombrará barón, independientemente de su título nobiliario, a todos aquellos personajes poderosos por sus ejércitos y sus grandes feudos dentro del reino. Más que el cuerpo de barones, estas personas formarán el de los grandes barones.

A partir del siglo XIV, el título comenzará a perder valor, puesto que será concedido por los reyes a menudo como recompensa a sus grandes servidores de origen plebeyo. Este carácter eminentemente menos noble del título de barón tiene cierta analogía con el título de marqués con que Luis XIV honrará a Colbert y sus hermanos.

Nobleza y caballería

Toda sociedad en vías de construcción busca sus dirigentes entre los que pueden vanagloriarse de un pasado honorable que permita augurar un futuro prometedor. La noción de ancestro es, por lo tanto, decisiva. Los primeros en suscribirse a este tipo de herencia fueron los romanos. Su sociedad estuvo tan subordinada a este espíritu de reconocimiento de los ancestros que hicieron de ello un culto. De ahí la importancia del concepto de origen, de pertenencia a una familia ilustre.

César, por citar un único ejemplo, pertenecía a una familia que, aunque no era de las más grandes, sí tenía orígenes muy antiguos. Gracias a un primer matrimonio con una rica heredera de la clase ecuestre, obtuvo dinero y después, con un segundo matrimonio, alcanzó el honor de pertenecer a una de las familias políticas más poderosas.

Esta casta formaba la nobilitas y, según las necesidades de cada momento, de ella se elegían a los cónsules y senadores. Creer que se podía ser senador sin proceder de la nobilitas era algo impensable que, sin embargo, se tuvo que tomar en consideración cuando apareció el homo novus, el hombre nuevo, el nuevo rico.

Cercano a la nobilitas existía un grupo de pequeños nobles recompensados por sus méritos: la orden ecuestre. Sus miembros entraban a formar parte de ella a menudo como reconocimiento a los servicios prestados al Estado.

De este modo, Augusto convertirá en nobles a algunos de sus centuriones permitiéndoles entrar en ese grupo, que se consideraba de gran prestigio. Pero será también así como formará parte de él una reducida nobleza nueva, la del dinero.

En sus orígenes, la nobleza no era una clase creada por designación y cerrada. Tampoco era hereditaria. Es más, puede incluso considerarse erróneo hablar de nobleza. Sólo se trataba de personas decididas y belicosas que, gracias a la fuerza de sus armas, se convirtieron en dirigentes, es decir,

en propietarios. Así pues, cualquiera tenía la oportunidad, si poseía los medios, de entrar en ese grupo. No olvidemos que el primero de los Capetos era un desconocido soldado sajón.

El noble, si decidimos llamarlo así, es pues aquel que posee una serie de bienes y es capaz de defenderlos. Estos bienes son las tierras y los pueblos, es decir, las almas.

De este modo, el concepto de nobleza nace de la protección y la explotación del débil por parte del fuerte.

A la inseguridad social que caracteriza la Alta Edad Media se añade el problema del dinero. En efecto, hay que poseer fortuna para adquirir un caballo, armas y el equipo necesario. Y debe tratarse de una fortuna cuantiosa para añadir a eso el mantenimiento de un castillo y de un pequeño cuerpo de guardia.

La satisfacción parcial o completa de estas condiciones traerá consigo el nacimiento de una pequeña nobleza rural y otra de caballeros. Pero el equipo y la armadura del caballero cuestan tan caros que muchos de ellos no pueden equipar a todos sus hijos, que, en consecuencia, seguirán perteneciendo a la nobleza rural.

En el siglo XIII, la definición de la nobleza procede de la máxima siguiente: no hay señor sin tierras; debido a esta costumbre largamente implantada, los feudos y los títulos que les corresponden se transmiten hereditariamente. De ahí que la tentación de ennoblecerse mediante la adquisición de un feudo sea grande.

Los nobles, incapaces y al mismo tiempo sin autorización para las ocupaciones comerciales, eran a menudo pobres. Esto hizo que muchos burgueses enriquecidos gracias al comercio recurrieran a la compra de feudos señoriales para elevar su dignidad social compensando a los amos del castillo, cuyos terrenos permitirían a estos plebeyos enriquecidos acceder a la nobleza.

Prohibir esta práctica hubiera significado eliminar todo valor mercantil a las tierras señoriales. Había que encontrar una solución. En 1275, Felipe el Atrevido dio carácter oficial a la posibilidad de que los plebeyos adquirieran los feudos pagando un derecho de franco-feudo, que no les concedía ninguna cualidad nobiliaria, pero que permitía al rey ganar dinero y a los nobles arruinados vender sus tierras.

Además de los honores que le eran propios, había otra buena razón para acceder a la nobleza: la exoneración de impuestos, por la tala de

árboles, entre otras cosas.

El dinero fue siempre el más crucial de los problemas de estos reyes. Para conseguirlo, se comerció a menudo con los títulos y los privilegios, con lo que se envileció a la antigua nobleza, reducida a sobrevivir sin honor y sin rentas en sus provincias.

Durante el reinado de Luis XIV, la nobleza era sólo dinero, mientras que al mismo tiempo se constituía otra paralela, de apariencia. Colbert, marqués reciente, el mismo que acabó con Fouquet y que arrestó a d'Artagnan, comenzó una caza sin cuartel de los falsos nobles con el fin de hacerles pagar sustanciosos impuestos para así satisfacer las enormes necesidades del Estado.

En cualquier caso, la auténtica nobleza estaba casi muerta, carente de razón de ser, después de que Francia se convirtiera en una nación. Sin embargo, había durado mucho más tiempo que la caballería.

El caballero

Originariamente era única y exclusivamente un hombre de armas. Su papel era proteger tanto a las viudas y huérfanos como a los grandes príncipes de la religión. Por eso veremos cómo parten felizmente a morir en Tierra Santa.

La ceremonia en la que se arma a un caballero recuerda en muchos aspectos a la concesión de la toga viril al joven romano. Es el paso de la adolescencia a la condición de hombre. Cuando esta ceremonia no tiene la grandeza de la improvisación sobre el campo de batalla, se desarrolla según un ritual cargado de religiosidad. El honor del caballero está ante todo ligado al honor de Dios. Por eso la gran época de la caballería es la de las cruzadas.

Muchos caballeros fueron armados invocando el poder de un Dios sanguinario mientras a su alrededor la batalla causaba estragos. Entonces era el momento, como consecuencia de un glorioso hecho de armas, de convertirse en caballero y ser noble por el valor más que por los orígenes.

Posteriormente, durante el reinado de Luis XIII, el título de caballero perdería gran parte de su carácter caballeresco, al verse rebajado al primer escalón de una nobleza jerarquizada por la tiranía de la etiqueta.

El rey podía nombrar duques. Los duques podían nombrar condes y los condes caballeros. El caballero no podía nombrar a nadie, sino esperar la

muerte de sus hermanos o la de su padre para elevarse en el escalafón. Nobleza obliga. Así es como el caballero de Lagardère oirá decir al duque de Vallombreuse: «Señor, yo sólo puedo nombraros conde, únicamente el rey podrá nombraros duque de Nevers» (Paul Fèval, El jorobado).

Los hijos menores de estas grandes familias, si eran pobres, quedaban a menudo a cargo de la Iglesia. Este fue el caso del caballero de Herblay a quien sus amores hicieron durante mucho tiempo dudar entre la espada del héroe y el seno de la Iglesia (Alejandro Dumas, Los tres mosqueteros). Si eran astutos, se dedicaban a intrigar y según sus relaciones o su parentesco, podían llegar a ser abades, obispos, o incluso arzobispos.

En esta época de cruzadas y de caballería vivieron y murieron los cátaros. Sus rígidos principios, tan puros como poco ostentosos, envolvieron de un descrédito fatal la religión oficial, que brillaba como el diamante por todas sus riquezas en el lecho enfangado del acomodo.

La Francia del siglo XII

¿Cuántos habitantes podía tener Francia en aquella época si se consideran sus fronteras actuales? ¡Veinte millones, quizá veintidós!

En la cima de la escala social se hallan las dos castas nobles. Una se construye con la fuerza de la espada, la otra con la cruz. En el transcurso de los cinco siglos posteriores, estos dos grupos no van a dejar de controlarse jamás, cada uno esperando el fallo del otro y arrojándose a su cuello a la menor ocasión. Hay pocas diferencias entre el señor de la guerra y el señor de Dios. El defensor de Cristo está cómodamente instalado en lo alto de la escala de Jacob; la fe es algunas veces su fin, a menudo su medio.

Pero esta sociedad está llena de paradojas. Dominan las costumbres ante la ausencia de ley. Así, los señores, por la fuerza o por la cruz, mantienen a centenares de pobres a quienes permiten comer para sobrevivir. Los años de escasez son numerosos, las hambrunas frecuentes. La tierra se explota mal. Por supuesto, se rotura, pero se planta poco. Los bosques cubren el ochenta por ciento de la superficie. Además, son numerosas las bandas de asaltadores que pasan, se instalan durante unos meses y cortan centenares de hectáreas de bosque de las que viven sin mezclarse con la gente.

Los siervos

Uno de los pocos puntos en donde todos se ponen de acuerdo es en la explotación de los siervos. Debido a que son el instrumento necesario para trabajar la tierra, se les protege del mismo modo que a los rebaños.

Estos, dicho sea de paso, están formados por cerdos y ovejas, carne apropiada para los campesinos. El señor, en cambio, se alimenta de la noble carne de la caza. Por esta razón, se niega a cultivar sus bosques, donde va a perseguir lobos, osos y todas las bestias que satisfacen su pasión por la caza y le proporcionan jamones, asados y grasa.

El noble, de zafias costumbres, sólo tiene dos pasiones en la vida: cazar y guerrear. Ya sean mujeres o varones, sus hijos nacen a caballo con un halcón en el puño. Cuando no caza, cuando no va a la guerra, practica con sus lanzas en las praderas de su propiedad.

Una única distracción se distingue de este estilo de vida belicoso: el momento en que pasan por el castillo los juglares y los amaestradores de animales o, en ocasiones, los contadores de cuentos que, durante veladas enteras, narran leyendas de otras tierras. Se les escucha al mismo tiempo que se devoran diversos platos, repletos de grasa y abundantes salsas. La grasa se considera necesaria, porque protege del frío. Se prefiere comer con los dedos en lugar de utilizar tenedores de dos dientes, tan poco prácticos. El vino malo corre con abundancia y los nobles se emborrachan para luego caer tendidos sobre las mesas.

Las mujeres

Hay pocas en este mundo caballeresco que estamos describiendo.

Hasta que la mujer no accedió al valor mercantil de la heredad, no tuvo otro rango ni otra función que tener hijos. Pero tras reconocerle ese derecho, la capacidad de heredar, aumentó su valor.

¿Qué se podía hacer con el feudo cuando el señor moría? ¿Permitir el combate entre los señores de los alrededores para adueñarse de él? ¡Ni hablar! Para resolver el problema, la mujer se convirtió en heredera, poco después de que los feudos se declararan transmisibles por filiación. De ahí que haya muchos matrimonios, tantos como repudios, por otra parte.

En esta época los obispos aún se casan, pero no por mucho tiempo, puesto que los papas, entre otros Inocencio III, pondrán fin a esta práctica. Los curas, que no suelen ser pobres, mantienen alegremente concubinas y

criadas ante las miradas de todo el mundo, costumbre que mantendrán aun cuando con el tiempo se vean obligados a ser más discretos.

Hay poco amor en esta sociedad; predominan la violencia y el sexo. La homosexualidad no se castiga, si bien es cierto que es menos frecuente que el incesto. El amor existe, como mucho, en la relación de la madre con sus hijos, poco frecuente en el caso de los campesinos, cuyos hijos son diezmados por el hambre o la enfermedad, cuando no por las guerras del señor. ¿Para qué tomarse el esfuerzo de amar en este mundo de fatalidad? Amar es un poco como poseer, y la mayoría desconoce la posesión.

Amor cortés y trovadores

Entre el mito y la realidad, el amor cortés es la expresión de una cultura deseosa de autenticidad.

El amor cortés de los siglos XII y XIII es un fenómeno cultural poco frecuente en el norte del Loira, donde prevaleció la epopeya histórico-religiosa, cuyo emblema fue el Cantar de Roldán.

En cambio, se desarrolló de manera sorprendente en el país de oc, como reacción a una cultura latina cuya élite deseaba emanciparse sirviéndose de la lengua romance.

Hasta el siglo IX, los condes de Barcelona y Toulouse forman un único reino, el occitano. A un lado y otro de los Pirineos, se habla la misma lengua, una especie de catalán próximo a un latín en vías de transformación, mientras el latín clásico, es, en toda Francia, la lengua oficial de las cartas y los edictos.

No es necesario decir que la cultura latina es la única literaria que puede tomarse como fuente. Narbona, desde hace tiempo colonia romana, será la fiduciaria de esta cultura. Los señores del norte son incultos; su único ejercicio intelectual consiste en ir a oír misa por la mañana. Cuando necesitan escribir un acta, llaman a su chambelán, que plasma sus palabras sobre un pergamino, en cuya parte inferior estampan su sello. Es un gesto de la mano, no de la mente.

No sucede lo mismo en Occitania, donde en los castillos y obispados se suele saber leer. Precisamente gracias a esta cultura literaria, será aquí donde florezcan las canciones de los trovadores. La cultura se extiende siempre más deprisa en terrenos dispuestos a recogerla.

Uno de esos trovadores, llamado Ramón de Mirabas, fue amigo íntimo del conde de Toulouse. Sin embargo, era un don nadie, un pobre caballero sin posesiones. Lo cual permite imaginar que las provincias meridionales no estaban pobladas por gente tan ruda como la del norte.

El amor cortés toma también forma por un segundo motivo: las mujeres. Efectivamente, en cuanto fueron elevadas a la posición de herederas, las mujeres se hicieron bellas, o al menos deseables, siempre que fueran jóvenes. De este modo, accedían a una especie de semiautonomía que, al no poder expresarse según los mismos métodos que la de los hombres, se sirvió de la belleza y la cultura.

Genealogías sin fronteras

Todas las familias occitanas de la época practicaban la endogamia. Todo el mundo estaba, si no aliado, al menos emparentado con todo el mundo. Además, al no existir el derecho de herencia del primogénito varón, las heredades estaban entonces divididas de forma que un determinado pueblo o una abadía se encontraban a menudo bajo la jurisdicción de media docena de señores, primos o cuñados, del mismo modo que Andorra se encontrará bajo la jurisdicción simultánea del obispo de Urgel y del rey de Francia.

Raimundo VI (muerto en 1222), conde de Toulouse, y uno de los principales protagonistas de la historia cátara, se casó cinco veces, cuatro de ellas sin ninguna descendencia, puesto que sólo tuvo un hijo legítimo, Raimundo VII (muerto en 1249, cinco años después de Montségur).

Raimundo VI y su hermano Balduino eran dos de los tres hijos de Raimundo V y de Constanza, hija de Luis VI (muerto en 1137), rey de Francia, y de Adelaida de Saboya, quienes tuvieron, entre otros hijos, a Luis VII (muerto en 1180), que se casaría con la intrigante Leonor de Aquitania (muerta en 1204); esta lo abandonó para unirse a Enrique II Plantagenet, con quien tuvo ocho hermosos hijos, entre los que estaban Ricardo Corazón de León (muerto en 1199), Juan sin Tierra (muerto en1215) y Juana de Inglaterra, que se casó con Raimundo VI en cuartas nupcias. Ella fue la madre de Raimundo VII.

Después de esto, Raimundo VI, una vez más, se casó con Leonor de Aragón, hija de Alfonso II de Aragón, hermana de Pedro II y de Sancho,

que contrajo matrimonio con Raimundo VII (muerto en 1249). De este modo, Raimundo VI y su hijo Raimundo VII se convirtieron en cuñados.

De Constanza, hija de Luis VI, casada con Raimundo V, como ya hemos dicho, nacieron dos hijos: Raimundo VI y su hermano Balduino, pero también nació una hija, Adelaida, que se casó con Roger II Trencavel (muerto en 1194), patriarca de la segunda familia del Languedoc, que no dejó de fomentar las desavenencias con Raimundo V.

Interrumpimos esta historia interminable de alianzas en ocasiones consanguíneas y siempre políticas, para mencionar por último que la ilustrísima familia Trencavel, vizcondes de Albi, de Béziers, Carcasona y Razès, más de un tercio del condado de Toulouse, estaba emparentada tanto con los Comminges como con los de Foix.

De ahí se deduce que el más insignificante de los caballeros occitanos era pariente de todas las cortes de Europa, incluidas las británicas y españolas.

Ha llegado a nuestra época un documento que ilustra todo esto, la Historia general del Languedoc, de Vaissète. Esta historia narra, año tras año, hasta el siglo XVI, todos los acontecimientos y aventuras de los principales comitentes de Occitania. Esta historia, redactada por un mordaz personaje con vista de lince, cautiva por su meticulosidad y su exactitud de escribano.

Una vez más, las pequeñas historias son mucho más fascinantes que las más grandilocuentes.

Llegados a este punto, ¿qué podemos deducir de lo expuesto?

Muchas suposiciones y algunas certezas.

Entre las certezas podemos ver que la nobleza era poco numerosa, puesto que, aunque procreaba de forma prolífica, muchos de sus hijos morían por enfermedades —menos, no obstante, que los de los siervos— o por las pequeñas guerras intestinas y permanentes. Los pobres, además, morían a menudo de hambre.

El hecho de pertenecer a la misma familia no suponía una ayuda, sino que solía, por el contrario, conducir a una guerra entre varios señores de un mismo castillo.

Puede suponerse que si Francia contaba entonces con unos veintitrés millones de habitantes, la nobleza alcanzaba quizá la cifra de unos cien mil. Por lo tanto, era todavía poco numerosa, pues los reyes no habían comenzado la decadente práctica de nombrar nobles para obtener dinero. Si

se considera que esta nobleza estaba compuesta en un noventa por ciento por pequeños caballeros más o menos mercenarios al servicio de su soberano, la nobleza con posesiones se elevaba quizá a unas diez mil personas. De ahí que no resulte extraño admitir que todos ellos pudieran conocerse, o al menos estar unidos por un lejano parentesco.

Violencia y superstición

Algo que choca a nuestra mentalidad moderna aparece en todos los escritos y actas de la época y sobre la época: la convivencia de la superstición con la violencia en las costumbres. Las personas de ese tiempo, sin importar su poder, del más grande al más pequeño, se dedicaban tan pronto a la violencia como a la piedad. Y así Rollon, duque de Normandía, camina con los pies descalzos ante el relicario de San Ouen mientras se flagela, pero, al mismo tiempo, envía a Inglaterra a sus emisarios a vender reliquias, abundantes en Normandía, para conseguir dinero.

A las puertas de la muerte, por miedo a un castigo en el más allá, hace cuantiosas donaciones a sus abadías y, al mismo tiempo, ordena sacrificar numerosos prisioneros a sus dioses escandinavos.

Más revelador aún de la mentalidad de la época es el caso de Foulques Nerra, conde de Anjou (muerto en 1040). Foulques es corpulento, sanguinario, antojadizo y colérico. Sus crímenes no tienen comparación con sus arrepentimientos. Es codicioso, feroz, supersticioso y, por encima de todo, un aventurero. No hay nadie que se sirva más que él del acto comercial que supone partir hacia el Santo Sepulcro a defender la fe para obtener el perdón de sus faltas y sus atrocidades.

En 1025 saquea y quema el monasterio de San Florencio, pasa a espada a la mitad de los monjes y secuestra a los que quedan. «¡Consúmete, San Florencio! —grita Foulques—, y yo te levantaré en Angers una iglesia más hermosa». Pero los monjes aún vivos defienden su fe y finalmente el cuerpo del santo se salva. Esto no le detiene: decide embarcar los restos en una chalana que, sin embargo, no avanza. Invadido por la cólera, el conde de Anjou insulta el cuerpo del santo: «San Florencio, eres un patán que no quiere venir a la preciosa ciudad de Angers». Al final, avergonzado y despechado, Foulques se calma y, abochornado, se marcha.

Algún tiempo después, en una crisis de superstición a la inversa, reconstruyó la abadía que había destruido.

Este ejemplo ilustra perfectamente la mentalidad del hombre de la Edad Media, que logra hacer que convivan en una incierta armonía los instintos del animal feroz y la extraña superstición del niño.

Las relaciones entre Dios y el hombre de los siglos XI y XII no quedan claras para nuestras mentes, poco dadas a este tipo de superstición que se ha visto sustituido por la angustia de vivir.

El gran negocio de esta época es el descanso del alma, su futuro después de la muerte. Había pocas cosas que el hombre medieval no hubiera hecho por comprar la paz eterna. La palabra «comprar» no es exagerada, puesto que, más allá de la superstición, este hombre no es ajeno a la explotación del más débil por parte del más fuerte. En este asunto, la ley de la selección natural es la misma para todo el mundo.

Sea cual sea su lugar en la escala social, el hombre mantiene con Dios relaciones comerciales. Primero comete excesos, luego corre a pagar su arrepentimiento dirigiéndose a su proveedor habitual, Dios, o aún mejor, a la Iglesia, su secretaria. Entonces se suceden los regateos hasta que alguna de las dos partes saca partido. Por este medio la Iglesia gana en influencia y se enriquece.

DE LA RELIGIÓN OFICIAL A LOS CÁTAROS

Iglesia y poder

En los albores del siglo XI, el episcopado francés ya no estaba rodeado por el aura que había ido aumentando desde el bautizo de Clodoveo en el año 496, en la ciudad de Reims y que había alcanzado su apogeo en la época de Carlomagno, emperador de Europa.

Con la desaparición del emperador, el poder feudal se vio privado de una autoridad central fuerte y empezó a crecer.

En el vacío de poder creado por la muerte sin heredero de Carlomagno también se manifestaron con intensidad los deseos de poder de la Iglesia.

Por este motivo, la feudalización de la sociedad fue acompañada de una idéntica feudalización del episcopado.

Los obispos, en principio hombres de fe, se transformaron en señores sin dejar de reivindicar su condición de cargos superiores de la Iglesia.

Hasta el año 1000, hombres de fe y obispos provienen a menudo del pueblo. También se confunden en una misma filosofía, una misma teosofía:

la gloria de Dios sin manipulación.

Este grupo estará encabezado por dos jefes: el emperador todopoderoso, que nombra él mismo a sus obispos, y un Papa, que sueña con convertirse en su equivalente, o incluso en su superior.

El reparto de poder

Al escindirse el imperio de Carlomagno, el poder papal, sin quererlo, se encontró inmerso en una lucha de poder originada por la falta de autoridad, por el miedo al vacío, por decirlo de alguna manera. Del mismo modo, el poder condal o regional se hallaba también absorbido por la ausencia de un poder real evidente.

A partir de ahí, y sean cuales sean sus capacidades, toda persona con una pizca de poder se sentirá atraída hacia un poder mayor, sólo motivada por la falta de autoridad en la cima. Así, al no haber rey, habrá reyes. Serán los soberanos de los poderosos condados y ducados.

Nos encontramos aquí con un fenómeno humano de separación del poder por degeneración espontánea. Además, salta a la vista que, si hubo una división como en el presente caso, es porque nadie fue lo bastante fuerte para ampararse en la autoridad en su propio beneficio. Napoleón o César, por citar un par de ejemplos, no soportaron durante mucho tiempo a los poderosos con los que se asociaron.

Este preámbulo describe con precisión todo lo que va a pasar entre el año 1050 y el año 1350. A partir de ahora, sólo matizaremos el tema.

Estos tres siglos pertenecen al final de la Edad Media, es decir, al feudalismo. Probablemente no ha habido peor época en la historia, porque la inteligencia tenía entonces pocos objetivos en la sociedad.

La inteligencia no se hizo patente en el hombre hasta que pudo liberar sus instintos. Dicho de otro modo, se podría decir que la inteligencia no puede tener razón de ser hasta que los instintos son libres.

Sin ley no puede haber crimen, y por consiguiente, castigo. Sin Iglesia, no puede haber pecado, y por lo tanto un Papa. Conclusión: el Papa está obligado a ser el mayor defensor del pecado. Es su fondo de inversión. Así pues, la Iglesia ha inventado el pecado para poder existir.

Los obispos

Los barones del reino son, por lo tanto, los propietarios del poder. Con este título, nombran a sus obispos y los ponen y quitan según sus intereses, a pesar de la oposición del Papa, encargado de nombrar a los prelados.

Esto implica que, con raras excepciones entre los obispos más cercanos, estarán todos emparentados con el poder, siendo ellos mismos señores y propietarios de feudos más o menos poderosos. Además, un obispo tiene a su cargo una propiedad más o menos lucrativa que a menudo domina alguna rica abadía. Este era el caso del obispo duque de Narbona, ávido de ganancias e instigador de disturbios, del que hablaremos más tarde.

Los obispos vivían en castillos, mantenían sirvientes, concubinas en ocasiones y cuerpos de guardia siempre, y poseían ciudades y pueblos de los que obtenían impuestos. Si era necesario, dejaban de lado los prejuicios cuando se trataba de emprender una acción contra un competidor o un mal pagador. Más que criaturas de Dios, estos hombres eran la descendencia envilecida del siglo y de la ambición, aunque hubo excepciones.

En 1072, el rey de Francia Felipe I, es pobre, pues su mujer, Bertrana, hija de Simón I de Montfort, que venció al poderoso conde de Anjou Foulques IV, es tan ambiciosa como derrochadora. Pero está perdidamente enamorado.

Queda vacante un obispado. Es un buen momento para venderlo y ganar dinero. Los compradores se presentan; uno de ellos ofrece mucho dinero, y el otro, el abad de Bourgueil, un hombre de fe, según el cronista Yves de Chartres, sólo ofrece algunas piezas de plata y su fe.

Pero la fe no es moneda de cambio en la corte, de modo que se venderá el obispado al primero de los concurrentes. Entonces, el santo abad se queja al rey, que le responde: «Espera que yo saque provecho de él y tu podrás después hacer que lo depongan por simonía. Entonces te complaceremos». Aclararemos que la simonía era la compraventa de elementos de carácter espiritual.

¿Cómo se llega a ser obispo?

Ya hemos visto que un obispado podía comprarse. En su defecto, podía tomarse. Pero también podía pertenecer a la familia.

Así, Ricardo I, duque de Normandía, nombró a su hijo Roberto arzobispo de Rouen; a su sobrino Juan, obispo en Avranches; a su otro

sobrino, Hugo, obispo de Bayeux, y a un nieto, obispo de Lisieux.

¿Quién se atrevería a decir que esta familia no era religiosa?

¡Todo lo contrario!

Ya hemos visto que la nobleza, durante el siglo IX, había pasado a ser hereditaria debido a la preocupación por conservar sus territorios. Esta cuestión de la conservación del patrimonio, ¿tenía también que ver con los obispados, asimilables en algunos casos a bienes sucesorios? En su caso, los obispos de Bretaña no dudaron en arreglar la cuestión de manera decidida.

A principios del siglo XI, Benito, conde de Cornualles, unió a su feudo la diócesis de Quimper y además se nombró obispo. A su muerte, su hijo Orscan le sucedió, tanto en el cargo de conde como en el de obispo, se casó y tuvo hijos. Entre ellos, Benito se convirtió a su vez en conde y obispo de Cornualles.

Nunca el poder temporal había estado tan asociado al poder espiritual.

Pero también hay casos en donde el poder episcopal se transmite de padres a hijos sin recurrir ni siquiera a la lógica de una asociación con el poder señorial.

Tenemos como ejemplo a Budic, obispo de Nantes, que confiesa a quien quiera escucharle que Gauthier, el anterior obispo, era su padre, y que en buena lógica él conserva el cargo que pertenecía a su progenitor.

¿Iba a convertirse en hereditario el poder episcopal al igual que el poder señorial? Es sin duda la conclusión a la que se llegaba cuando se veía cómo Guifredo de la Cerdaña era nombrado arzobispo de Narbona a la edad de diez años.

De este modo, todo el mundo, desde el más grande al más humilde, transgrede alegremente las directrices fundamentales de la Iglesia. Uno por uno, incluso los más pobres de entre los curas, caen en mayor o menor medida en la simonía. Los tiempos son duros y hay que alimentar a la familia. Las cosas podrían haberse quedado así o haberse agravado, cuando un viento de misticismo renovador se precipitó sobre la región de Borgoña...

¡Hablamos de Cluny!

El episcopado francés no era realmente muy homogéneo en sus relaciones con la Santa Sede.

Por un lado, los pequeños obispos, aquellos que eran pobres y de ascendencia plebeya, por supuesto, aceptaban gustosamente depender por definición del Papa. Sin embargo, los señores del clero, por su parte, preferían resolver sus problemas en familia y depender únicamente de sus iguales y soberanos. A menudo se encontraban en los límites de la excomunión por simonía.

El resultado de esta diversidad de posturas en el mundo religioso fue que estas dos corrientes de pensamiento no se entendieron en absoluto y comenzaron a ser rivales.

El mundo monástico, por el contrario, estaba bajo la influencia de Roma en cuerpo y alma.

Pero los monjes, más ligados a la tierra que a la ciudad, más próximos al pueblo y dispuestos habitualmente a dar ejemplo aligerando los sufrimientos de los hombres, se enriquecían deprisa. Este hecho provocaba en muchos obispos envidias, además de restarles ganancias. No es de extrañar que se enfrentaran.

Un determinado señor, un burgués arrepentido que, al final de sus días, entraba como novicio en la orden regular de un monasterio para acabar allí su vida en el seno de la Iglesia, a menudo concedía como dote todos sus bienes o parte de ellos al monasterio en cuestión.

Ese pequeño señor, expoliador y violento, no tenía otra alternativa que donar a la Iglesia sus riquezas para hacerse perdonar sus faltas y poder volver a comenzar, puesto que sólo ella podía convertir en ganancias sus constantes errores temporales.

Sucedió de este modo que los monasterios de hábitos más ejemplares se enriquecieron más. Pero es conveniente hacer también una distinción, al menos entre los donantes. Donar a los monjes de Cluny era la expresión de una donación gratuita a Dios.

Donar al obispo, banquero de Dios, nacía principalmente de un acto comercial en donde se pretendía pagar el precio de las faltas. Por lo tanto, podemos creer que la fe era grande porque enriqueció a la congregación de Cluny sin tener ni siquiera que recurrir al comercio con sus indulgencias.

Cluny, poderosa y venerable, fue el arquetipo de la abadía y la expresión de un pensamiento de resistencia a cualquier forma de feudalismo secular o de influencia externa.

Cluny fue un ejemplo para los poderosos de toda Europa, así como la consejera de muchos, por su integridad, su rigor y su fidelidad a los

antiguos mandatos de la Iglesia.

Historia de la abadía de Cluny

La abadía, dependiente de la diócesis de Mâcon, fue fundada en el año 910 por Guillermo de Aquitania. Su posición geográfica la convertía a la vez en feudataria del rey de Francia y vasalla del duque de Borgoña. Es decir, al no depender de nadie, sólo consentía aliarse con la institución papal.

Desde sus orígenes, los abades de Cluny fueron elegidos por cooptación interna y con una libertad que se mantuvo durante mucho tiempo. Por consiguiente, durante dos siglos, a un hombre de valía le sucedía siempre otro hombre competente.

Una cualidad esencial de estos hombres fue la de perpetuar, en primer lugar, que la regla fuera inflexible y la misma para todas las casas; en segundo lugar, que la regla se adaptara a los usos y costumbres del lugar. Se trataba de crear al mismo tiempo unidad y dinamismo.

Debido a que en toda Europa aumentó el número de adeptos, la potencia de Cluny se hizo inmensa, porque encarnaba el respeto a la doctrina. Este poder se construyó en parte gracias a una estructura de pensamiento común mantenida gracias a las estrechas relaciones que unían a las diferentes casas. Pero estas relaciones fueron quizá aún más estrechas cuando Urbano II, cluniacense militante, ocupó la Santa Sede.

Mientras tanto Cluny se enriquecía más allá de lo esperado. Las donaciones afluían de Europa entera y de todas las capas sociales, pues donar a Cluny era donar a Dios, sin intermediarios. Muchas abadías, no forzosamente en la indigencia, se colocaron bajo la autoridad de la orden cluniacense con la intención de aprovechar este prestigio y de este modo acrecentar más su poder.

Esta regeneración del espíritu religioso mediante el ejemplo no se llevó a cabo sin crear inquietudes y envidias, como la del cuerpo episcopal, que veía escapar una gran parte de su influencia y sus ingresos, y que suscitó las inquietudes de numerosos monasterios. De tal forma, la influencia de Cluny fue grande en todo el centro de Francia, débil y discutida en el norte, poco conocida en la Bretaña, región irreductible y lejana, y considerada insignificante en el suroeste, pues su cultura hacía fácilmente oídos sordos a una renovación espiritual de esencia religiosa.

Cluny reinaba sobre inmensos territorios que hicieron que sus ciudades crecieran con siervos y colonos. Pero también sus abades practicaban la caridad con los millares de pobres que los años de penurias atraían a sus puertas. Y Cluny ofrecía mesa y comida a los peregrinos y los viajeros. De ahí que podamos imaginar que de una abadía cluniacense a la otra se podía fácilmente dar la vuelta a Europa.

Quien no era rico, ofrecía un óbolo; si no se era pobre, se ofrecían dos. Cluny fue quizá la primera cadena hotelera de la historia.

El impacto de Cluny

Cae por su propio peso que tanta santidad no podía más que favorecer la aparición de milagros, que no sorprendieron a nadie y alegraron a todo el mundo.

Los hubo anónimos y los hubo famosos. Sería difícil redactar una lista, aunque fuera incompleta. Entre otros, se asiste a una repetición de la multiplicación de los peces en Tours y a unas segundas bodas de Caná en Italia.

Los italianos, más cerca del Papa que el resto, tenían mejores posibilidades.

A finales del siglo XI, el monje cluniacense alcanzaba un valor desconocido hasta entonces. Guillermo el Conquistador, que quería valerse de ellos para penetrar en Inglaterra, propuso al gran prior pagarle a algunos su peso en oro. Pero el prior era tan rico que lo rechazó.

La institución alcanzó su mayor gloria a finales del siglo XI, así como su mayor riqueza. Pero aconteció que poco a poco se relajó la regla y se suavizaron los hábitos.

Si en Italia los monjes fueron cayendo en las agradables delicias de Capua, poco faltaba en Francia para que cayeran en las de Cluny.

Otras instituciones competidoras habían alcanzado cierto grado de respetabilidad que provocaba que se hablara de ellas.

La unidad de la abadía no resistió a las querellas internas que tuvieron su punto final en algunas ocasiones en sangrientas luchas fratricidas.

En el siglo XIII, el gran prior era nombrado alternativamente por el Papa y por el rey. La institución había perdido su autonomía y el favor que su libertad le había concedido.

Así estaban las cosas a finales del siglo XII.

¿Qué hacía la nobleza durante ese tiempo?

Luchaba. En primer lugar, porque no tenían nada más que hacer y después porque no sabía hacer nada más.

Había en la mentalidad de ese tiempo, de esas gentes, algo que se asemejaba al fatalismo. Se creía en Dios, pero no se creía en el hombre. Dios era todo y el hombre no era nada. No había ningún respeto por la vida, ni siquiera más por la propia que por la de los demás.

Era una época en que el tiempo corría tan poco y tan lentamente que anulaba cualquier esperanza. De todas formas, había poco que esperar porque la inmovilidad no es compatible con el cambio y el cambio era algo inimaginable.

Por más que el hombre hubiera echado su vista hacia atrás, no hubiera visto nada realmente diferente a su presente. El oro, el dinero, las joyas, los caballos, los castillos, los carros, los maestros, los esclavos, las mujeres... Todo eso existía desde siempre y nada iba a cambiar jamás.

Veinte millones de pobres y de siervos tenían como única ocupación sobrevivir. Es decir, comer y resistir todas las agresiones exteriores que procedían de las extorsiones de los señores o de la propia naturaleza.

Cien mil señores ociosos no tenían otra preocupación que encontrar ocupación. Eran incultos y no sabían leer, así que no reflexionaban, pensaban poco. El amor, conyugal o filial, no se había inventado todavía.

¿Qué hacían?

Luchaban entre sí porque no podían imaginar otra existencia. Y cuando se enfrentaban los unos a los otros, saqueaban y mataban todo lo que encontraban a su paso, devastaban los campos, arrancaban las viñas.

Una de las principales costumbres de la época era quemarlo todo, cosechas y pueblos, porque era el método más efectivo para debilitar al adversario. Ciertamente, las casas de madera y adobe no son difíciles de reconstruir, al igual que no es difícil traer al mundo hijos para sustituir a los muertos, pero, aun así, por más que esta manera de comportarse fuera la única posible, no deja de ser desagradable y sin encanto.

Decíamos antes que un caballo en esa época costaba cien sueldos y un siervo cuarenta.

La tendencia más inmediata de cualquier propietario era pues prestar más cuidados a un caballo que a un hombre, lo cual resultaba lógico, ya que

dos hombres y medio eran incapaces de hacer el trabajo de un caballo.

Esta concepción pragmática de la realidad carece de belleza, porque no tiene imaginación. En esta visión es del todo imposible concebir que el intelecto de un hombre es superior al de un caballo; era como si el hombre fuera una herramienta imposible de mejorar, sin futuro.

Predominaba la expresión de una falta de amor por las cosas, de una falta de respeto por las herramientas. En esa época hubo poca belleza, porque en un mundo inmóvil, hay poco lugar para la imaginación y el arte.

La paz de Dios

La nobleza, para poder satisfacer sus instintos y seguir manteniendo una existencia trivial, luchaba. Luchaba tanto, causaba tantos daños, que llegó a conmover a la Iglesia y esta decidió que era necesario limitar las fechorías y abusos de los nobles. El poder real, débil o casi inexistente, era incapaz de imponer una autoridad que sólo la Iglesia, cuerpo político constituido, era capaz de ejercer.

Así, entre el final del siglo X y el inicio del XI, diferentes concilios celebrados por toda Francia concluyeron con la elaboración del Pactum pacis, pacto de paz, que no era, en definitiva, más que una reglamentación del juego de la guerra.

Entre otras cosas, se podía leer en él: «No invadiré de ninguna manera las iglesias. No asaltaré a los clérigos o monjes desarmados. No tomaré ninguna bestia de carga. No raptaré a ningún campesino o comerciante para obligarlos a pagar un rescate. No les azotaré para quedarme su comida. Desde mayo hasta Todos los Santos, no robaré ni caballo ni yegua en los pastos. No destruiré ni incendiaré las casas. No arrancaré las viñas con el pretexto de la guerra», etc.

Vemos claramente que la principal motivación de la Iglesia era proteger sus bienes y sus gentes (nada más lógico), pero también, y en segundo lugar, la vida de los campesinos y los pequeños comerciantes.

En cada diócesis que reconocía esa carta, se hacía prestar juramento a todos los señores para que la respetaran, con la mano sobre unas reliquias. En caso de violar las reglas, la primera sanción era el anatema (condena eclesiástica), poco eficaz, y la más grave, una huelga de curas que se negaban a decir la misa. Esta situación, intolerable para el pueblo, era a menudo determinante.

Existía en este pacto un reconocimiento de la existencia del pueblo, aunque no de sus derechos. Por supuesto, estos castigos sólo se ejecutaban en función de los acuerdos o rivalidades entre obispos y señores.

Sin embargo, al menos existieron y limitaron en algo las consecuencias de esa carga permanente que suponían las pequeñas guerras internas en los condados y señorías.

La tregua de Dios

Suponía un auténtico progreso social. Hay que reconocer que si bien fue votada tanto por el clero, su instigador, como por el pueblo, su beneficiario, no fue acogida con tanta satisfacción por la nobleza, que veía cómo su terreno de juego se reducía.

A pesar de esta oposición, el clero, fuerte gracias a sus primeros éxitos, decidió que limitar el campo de las depredaciones sólo a los bienes de naturaleza material era insuficiente y que hacía falta limitar sus efectos también en el tiempo. Fue la tregua de Dios. Consistía en no permitir la guerra más que en ciertos periodos de tiempo.

IX – Establecimiento de la paz y de la tregua deDios en la provincia de Narbona.

Los obispos y grandes señores de la Septimania y de la marca de España reuniéronse en Tulujes de Rosellón para remediar los muchos desórdenes que reinaban por aquel entonces por igual en la Iglesia y el Estado.

Causaba el mal la tiranía de los señores que vejaban impunemente al clero y al pueblo y que habíanse concedido el derecho de vengar sus querellas por las armas declarándose una guerra implacable; de tal suerte que no hallábase en ninguna parte ni seguridad, ni asilo, que el comercio era generalmente interrumpido y que no hablábase en el reino más que de muertes, incendios y pillajes. Algunos obispos, conmovidos por los muchos males, trataron de proporcionar algún remedio. Fueron los primeros en dar ejemplo los de la provincia eclesiástica de Narbona y por esto los condes y los vizcondes del país celebraron una asamblea en1041 con los obispos y los abades en las praderas de Tulujes, a tres millas de Perpiñán.

Guifredo, arzobispo de Narbona, la presidía. Encontrábanse entre otros los señores Godofredo, conde de Rosellón, y Guillermo, su hijo; Ponç,

conde de Ampurias; Guillermo, conde de Besalú; Ramón, conde de Cerdaña; y Gauzbert, vizconde de Castelnau.

Prohibiose:

1.o, cometer violencia en las iglesias donde no se hubiese levantado castillo o fortaleza, en los cementerios y demás lugares sagrados y a treinta pasos a la redonda, bajo pena de ser castigado por sacrílego;

2.o, atacar a los clérigos que caminan sin armas, los religiosos, las religiosas y las viudas;

3.o, coger los yeguas y los potros que tengan menos de seis meses, las vacas, los asnos;

4.o, quemar las casas de los campesinos y de los clérigos que llevaran las armas.

Ordenose que, aquellos que en el plazo de quince días no reparen el daño que hayan causado contraviniendo estas reglas, sean condenados a un doble castigo.

Por último, quedó implantada la tregua de Dios para ser observada por todos los cristianos, bajo pena de reparar la violación de la tregua con el doble del daño o de disculparse en la catedral con la prueba del agua fría:

— después de la puesta del sol del miércoles hasta su salida el lunes de cada semana del año;

— después del primer día de Adviento hasta el octavo de la Epifanía;

— después del lunes anterior a la Cuaresma hasta el lunes de después del octavo de Pentecostés;

— por último, durante ciertas fiestas del año.

Pero conviene añadir que:

Guifredo, arzobispo de Narbona, después de haber presidido el Concilio de Tulujes, fue uno de los primeros en violar los decretos y no tuvo ningún reparo en recurrir a las armas y en emplear la fuerza con

motivo de las diferencias que tuvo durante su episcopado con Berenguer, vizconde de Narbona.

La principal causa de su rivalidad era que los vizcondes de Narbona se habían arrogado el derecho de nombrar al arzobispo.

De todo esto es fácil sacar conclusiones: era imposible evitar la guerra. Por eso las medidas sólo encontraron una débil aprobación de los señores, que siguieron luchando entre sí de forma constante.

Si la Iglesia se hubiese atrevido a aplicar al pie de la letra sus propias reglas, habría tenido que excomulgar a la mitad de la nobleza. No lo hizo, porque también habría tenido que excomulgar a sus propios obispos, elementos fuertemente constitutivos de esta nobleza agitada.

Por lo tanto, aunque todas estas normas no fueron más que un deseo piadoso, consiguieron crear un precedente que no permitía la vuelta atrás y que no podía hacer sino ampliarse.

Iglesia y libertad

La Iglesia se sube a la almena, por así decirlo, para consolidar su poder y defender a la viuda y al huérfano. ¿Qué va a ocurrir?

Detengámonos un instante para reflexionar sobre la simultaneidad, casual o provocada, que hace que coincidan causas y consecuencias.

Con el tiempo, basta analizar las consecuencias con objetividad para distinguir, en un conjunto y sus subconjuntos, las causas determinantes y las causas circunstanciales. Asimismo es sencillo comprender y escribir la historia cuando ya ha pasado. Pero cuando uno mismo es actor principal de esta historia, como lo fue la Iglesia en mayor medida que los reyes, es un milagro equivocarse sólo una vez de cada dos.

En este siglo XII sopla algo parecido a un aire de libertad. Pero la palabra es equívoca, nadie tiene la menor idea de lo que supone la libertad porque nadie ha sentido su necesidad. La libertad, como el amor, es un concepto sofisticado y moderno. Es la consigna que venderá la Revolución francesa para pasar de un sistema de explotación absolutista a otro sistema de explotación. No, lo que el pobre, el campesino o el sirviente necesita es que le pertenezca una parte del beneficio producto de su trabajo. En el siglo XII, esto supone un descubrimiento. Después, no ha habido cambios. Si aún podemos ir más lejos sobre la profunda verdad de la paradoja, diremos que

la libertad es la única cosa de la que el hombre tiene miedo. El hombre necesita ser reconocido y, al mismo tiempo, no soporta que se le robe lo que ha creado o producido. Al contrario, acepta gustosamente el reparto con la comunidad, puesto que sabe que no puede vivir sin ella, es decir, en libertad.

Son sentimientos como estos los que afloran en la mentalidad popular del siglo XII. Paralelamente, el pueblo se mueve. Se ve cómo las poblaciones se agrupan para defenderse y los gremios se movilizan para lograr sus reivindicaciones.

Reivindicaciones

La principal reivindicación del pueblo es dejar de estar sometidos a impuestos forzados y aleatorios. Está de acuerdo con los impuestos, pero con fecha fija y en cantidades previsibles. Alcanzar estas reflexiones es un paso enorme, querer suprimir el robo, la agresión y la arbitrariedad del señor sobreel campesino, ya sea siervo u hombre libre. La idea que se establecerá descansa en la noción de contrato entre el poseedor, el señor, y el ejecutor, el sirviente o campesino. El contrato enriquecerá a las dos partes y será el trampolín para constantes mejoras de las condiciones de vida del pueblo. Rápidamente nacerán los títulos de propiedad, cuya idea esencial era esta: yo os doy esto, dice el señor, y a cambio repartimos el beneficio. Con esta mentalidad se crearon ciudades nuevas sobre tierras aún sin explotar: quien habite en ellas un año y un día con el consentimiento del señor, se considera un hombre libre con permiso para casarse según su voluntad, poseer su casa y vender sus bienes si quiere partir. A cambio, debe hacerse cargo del impuesto y formar parte de las huestes (servicio militar) en caso de levantamiento general. En ocasiones los señores llegarán incluso a proponer pactos con las bandas itinerantes de viajeros o desbrozadores, campesinos de todo tipo, para que se queden en la tierra. Estas proposiciones se resumirán en la supresión del impuesto durante cierto tiempo y la liberación de la servidumbre. Más de la mitad de los campesinos eran todavía siervos y pertenecían al señor como sus caballos. Así, dando más valor a la opinión de sus congéneres que a la suya propia, el siervo tiene la voluntad profunda de liberarse. Se trata más de una necesidad de apariencia o de dignidad que de libertad propiamente dicha.

Sea por el motivo que sea, el señor vende la liberación según el dinero que necesita para utilizar todos los medios en su poder.

Los títulos de propiedad

El título de propiedad de Lorris de Gâtinais (Île de France) fue en 1137 un ejemplo de contrato de asociación que ligaba los intereses de su señor, el rey (Luis VI el Gordo, un buen rey) a los intereses de la población.

En resumen, de todo esto se deduce un repentino crecimiento de producción, de productividad y de riqueza para la mitad de los habitantes, que habían dejado de ser siervos y ya eran hombres libres. Sin embargo, es importante precisar que, aunque la nobleza había hecho enormes concesiones con el único objetivo de enriquecerse, continuaba siendo propietaria de la tierra, de los derechos y las leyes.

Con el concepto de propiedad nacen las nociones de riqueza y comercio. El comercio, desde siempre, se ha realizado por vía terrestre o marítima. Si se trata de comercio regional, la vía terrestre es la única posible cuando no se puede recurrir al transporte fluvial, menos laborioso y más seguro. El comercio regional generó una proliferación de ferias y mercados, lugares de encuentro donde se intercambiaban las mercancías y las ideas. El comercio internacional tenía lugar a través de los dos mares conocidos en la época, el Mediterráneo y el Mar del Norte. Gracias a él nacieron las grandes ciudades portuarias: Brujas, Ostende, Rouen, en el norte; Génova, Marsella, Narbona, Montpellier, al sur. Una mercancía semipreciosa es en esa época el deseo más preciado: los tejidos, de gran belleza. Las mejores hilaturas son de Flandes, lugar donde se fabrican las más ricas telas, pasamanerías de oro o de plata y los más bellos encajes.

Por eso el gremio de tejedores será poderoso, se situará a la cabeza del progreso y, por necesidad, tendrá que viajar. Gracias a los tejedores se difundirán las ideas innovadoras que constituirán un nuevo tejido social.

En último lugar conviene preguntarse si todo esto surgió por los nuevos aires de la época o de la fatalidad (¿es una necesidad el azar?), o bien a instancias de la Iglesia, único poder constituido al inicio de esta profunda transformación que no necesitó más de un siglo para convertirse en una adquisición, si no un derecho. Sea como fuere, la Iglesia, fiel a su tradición, supo aprovechar los beneficios de este cambio, reinvertirlos y extraer todo su provecho. Este beneficio, o exceso de poder, le sirvió por

otra parte para exterminar la herejía bajo todas sus formas contrarias a las ideas oficiales. Ya que, con las mejoras, habían nacido las ideas y las objeciones, o lo que es lo mismo, la herejía.

Todo ello tendrá su conclusión en el exterminio de los cátaros.

La Iglesia y el orden de las cosas

Este periodo de profunda transformación de la sociedad se desarrolló durante un siglo, desde la mitad del siglo XI hasta la mitad del siglo XII. Los grandes barones de la época no sentían ninguna necesidad de organizarse. Eran poderosos y sólo dependían de sí mismos. Eran como pequeños reyes en sus condados, ocupados en nombrar a sus obispos y sus abades o en combatir a su antojo para robar una pequeña porción de la provincia bajo la influencia del duque vecino. ¿Qué más podían desear? Evidentemente, preferían luchar a dedicarse a organizar sus beneficios. No existía la más mínima razón para querer organizar o cambiar lo que emanaba del derecho del más fuerte, es decir, del derecho divino.

La Iglesia, por el contrario, que no manifestaba el derecho divino sino el derecho natural a la envidia, tenía todas las razones del mundo para ambicionar un aumento de poder. Por eso, tras ingeniárselas para demostrar su existencia y su fuerza instaurando la paz y después la tregua de Dios, la Iglesia, robustecida gracias a su éxito, quería conseguir más.

El viento cluniacense que soplaba por todos los estratos de la sociedad había creado dos corrientes contrapuestas. La primera estaba compuesta por un clero conservador que no deseaba cambiar el orden de las cosas, puesto que les beneficiaba. Era el clero señorial, que mantenía su posición gracias a sus lazos con la nobleza. La otra corriente la constituía un clero que consideraba necesaria una reforma de las costumbres, de sus dirigentes demasiado secularizados, ligados por lazos terrenales a los bienes de este mundo, el dinero, las armas y las mujeres. Los dos pilares en donde los reformistas apoyaron su deseo de cambio fueron la simonía y el concubinato. La simonía consiste en adquirir un cargo eclesiástico con el fin de obtener de él, con usura, el máximo beneficio monetario. Guifredo de Narbona fue tan ducho en la materia que vendió poco a poco, reliquia tras reliquia, cáliz tras cáliz, toda la diócesis que había heredado.

En la base de la pirámide

El pueblo es, obviamente como siempre, espectador impotente de las luchas de interés que animan a aquellos que quieren repartirse sus despojos.

Una sociedad es como una pirámide. En la base, los intereses son elementales, reales e inmediatos. Cuanto más se sube en la jerarquía social, más distancia separa los intereses de cada uno de su rápida ejecución, al mismo tiempo que se aleja su relación con la realidad.

En pocas palabras se podría decir así: es muy diferente el pensamiento de un hombre que busca su alimento para sobrevivir del de otro que busca su placer para vivir mejor. Conclusión: sea cual sea su grado de incultura, sólo la forma de pensar del pueblo es auténtica. No es forzosamente justa, pero es necesariamente verdadera.

En esa época, el pensamiento del pueblo occitano se está despertando más deprisa que el de otras provincias y su mirada hacia lo que le rodea se hace algo más penetrante. La necesidad de creer, en Dios por ejemplo, capacidad esencial del pensamiento popular, es la misma en Languedoc que en todas partes, pero este Dios que se les propone no les satisface. En las otras regiones de Francia, este sentimiento será puntual, en el Languedoc será frecuente y preparado para su expansión.

¿Qué veía el pueblo occitano al mirar a su alrededor?

Por una parte, a los curas de sus parroquias que vivían a menudo en pecado y a los obispos que los explotaban. Por otro lado, los «hombres buenos», verdaderos hombres de fe, que les mostraban el amor de Dios y cuyos obispos iban a pie vestidos de forma sencilla. Además, si los primeros vivían del dinero de la Iglesia, es decir, del pueblo, los otros vivían de su trabajo. Esto era algo nuevo, además de virtuoso.

El corazón del pueblo no podía evitar tal disyuntiva. Su admiración espontánea se remitía a las pruebas y, se convirtieran o no, se habían ganado su simpatía. ¿Cómo habría podido admitir el pueblo que hombres con tanta fe como los buenos hombres no pudieran merecerse el favor de Dios? ¿Cómo habría podido admitir que los eclesiásticos que tanto habían pecado pudieran haberlo conservado?

Pero hay que devolver a los ministros de Dios lo que les pertenece. Muchos habían sido alcanzados por el mal, pero no todos. Sin duda es la razón de que en ese tiempo de reforma, una pequeña pero significativa parte del clero oficial fuera en la sombra partidaria de las ideas cátaras. ¿Cuántos de ellos reclamaron el consolament al decidir que para la redención de su

alma era bueno hacer una alianza con un Dios tan respetable y que sólo deberían, llegado el caso, dar testimonio de su gratitud en el más allá?¿Dos oportunidades no valían más que una?

Hacia el año 1280, incluso cuando Montségur ya había caído mucho tiempo atrás y reinaba la Inquisición, el prior de la abadía de Montelieu asistía en compañía de sus monjes a los sermones del Pagès. En Carcasona, en plena represión, algunos diáconos pidieron el consolament.

La historia, que algunos cronistas sin implicaciones afectivas hacen a veces precisa, nos muestra que hubo, durante el tiempo que duró el catarismo occitano, tantos herejes practicantes de la religión oficial como eclesiásticos sumados a las tesis del catarismo.

Debemos reconocerlo de una vez por todas. Durante más de un siglo hubo una convivencia pacífica. Es una rara excepción en la historia de las ideas del hombre, que nos enseña que casi siempre una idea se superpone a otra por la fuerza de la sangre.

Pierre Clergue

Montaillou, pequeña población del condado de Razès, herética donde las haya, tenía por cura a un tal Pierre Clergue, el cual entró en la historia a través de los informes de la Inquisición. Se trata de una figura conocida y, sin embargo, se le conoce muy mal. Fue muy aficionado a las mujeres, y la Inquisición interrogó a algunas de las que se relacionaron con él. La dama Beatriz de Planissoles estaba entre ellas.

Ejercía el cargo de sacerdote, de forma poco ortodoxa, y oficiosamente era cátaro, pero tampoco bueno. Además, devoto de un hedonismo que rayaba la lujuria, supo aplicar su poder de convicción a jóvenes mujeres que sin duda sólo querían conocer las nuevas ideas.

Cuenta Beatriz que, en tiempo de Cuaresma, «iba a la Iglesia a confesarme al padre Clergue que recibía detrás del altar. En cuanto me arrodillé, sentí cómo sus manos me hacían fuertes caricias y le oí decir que yo era muy amable, que me amaba mucho y que había perdido el sueño por mí. Y me besó... Indignada, me levanté y me fui de la iglesia sin haberme confesado...».

No es necesario preguntarse qué asustó tanto a la dama Beatriz ya que, en esa época, aquella que se entregara a un cura iba directamente al infierno. También se cuenta que las concubinas de los curas, después de su

muerte, se transformaban en yeguas y por esa razón se las llamaba yeguas del diablo.

Y Beatriz, aún inocente, concluye: «Preferiría entregarme a varios hombres que a un único cura».

¡Qué santidad!

La anécdota no se detiene aquí. Clergue, que debía ser obstinado y resuelto, supo hacerla cambiar de opinión y la sedujo una noche de Navidad.

«¿Cómo osáis cometer un pecado tal la noche de Navidad?» le preguntó Beatriz, todavía reticente a entregarse. «¿Qué importa la noche, señora, si el pecado sigue siendo el mismo?». Y, cuando ella le advirtió que al día siguiente había dicho la misa sin ni siquiera confesarse, Clergue le respondió: «Señora, como soy el único sacerdote del pueblo, me he absuelto yo mismo».

Clergue, que era original e imaginativo, invitó a Beatriz a entregarse en la iglesia de Prades, donde también oficiaba. La recibió de noche, en la propia iglesia, pues había preparado allí una cama. «Pero señor, ¡jamás podré hacer eso en la iglesia!», a lo que respondió: «Pero, ¿a quién hacemos daño haciéndolo aquí?».

Podemos profundizar más en el testimonio edificante de Beatriz y contar, por ejemplo, que Clergue tenía un secreto que le servía para no dejar embarazadas a las mujeres, lo que aumentaba aún más su prestigio entre sus admiradoras.

Durante mucho tiempo, hizo vivir a su pueblo bajo la ley cátara y la ley católica a la vez. Cuando llegó la Inquisición, se convirtió en delator. Si se le pedía que facilitara nombres de herejes, se limitabaa denunciar a los mejores católicos. Pero también denunció por venganza personal, para satisfacer los turbios intereses de su doble juego. Es más, logró escapar por casualidad de los hermanos Maurs, uno de ellos encarcelado por su culpa.

Finalmente, las mujeres precipitaron su final. Una de ellas lo denunció, o habló demasiado alto. Fue arrestado y murió en prisión.

Clergue era sin duda un hombre extraño y apasionante. Su historia merece ser mejor contada, puesto que es un claro ejemplo de la heterogeneidad y de la fuerza de las ideas que circulaban entonces por el mundo occitano.

Las herejías

La religión oficial y católica estaba asentada y bien asentada. Acababa de conquistar con gran esfuerzo una posición influyente y destacada en el poder. Por consiguiente, todo aquel que no pensara como ella, estaba equivocado, y por lo tanto, era susceptible de ser condenado.

Hay dos maneras de pensar como no se debe. Una es de forma negativa, limitándose a estar en contra. La otra es constructiva, con la intención de reemplazar algo inaceptable por algo practicable.

Además, hay que situar estos fenómenos nuevos en el contexto que les es propio, el de la degradación de las costumbres del clero y su envilecimiento a los ojos del pueblo. Las herejías puntuales vendrán del pueblo, y sólo supondrán la no aceptación de la doctrina, que se ha impuesto con menosprecio del sentido común y del respeto a las personas.

Es esencial comprender otro punto. Se podría creer que en ese tiempo en que parecía estar naciendo una cierta forma de libertad, van a poder desarrollarse las ideas filosóficas. Sin embargo, ello no es posible, porque el único horizonte de discusión es la Iglesia. El único universo sociológico es la religión. La única cultura imaginable es la que dispensa el clero que, gracias a la creación de las únicas escuelas existentes, posee el monopolio de la cultura.

¿Herejía u oposición?

En el capítulo de los absurdos populares hay ciertas constantes que se repiten en todas las formas heréticas:

— un niño nace de una mujer sin la participación del hombre, lo cual parece increíble;

— no se ve la utilidad del bautismo de un niño, que por naturaleza está sin pecado;

— qué es la cruz, sino un trozo de madera normal que algunos pretenden que los demás adoren;

— el cuerpo de Dios con el que se supone que se debe comulgar no es más que una especie de galleta;

— las reliquias, esos huesos tantas veces revendidos, son sólo huesos mancillados con la superstición que los obispos simoniacos les han añadido;

— la idolatría es condenable; en cambio, se acepta la creencia en Dios, en su hijo Jesucristo y en la sencillez natural de la Iglesia apostólica del siglo I.

Esos son algunos ejemplos de lo que pensaban los desviacionistas de la época. Creían de buena fe. Buscaron partidarios de buena fe. Como Jesús, recorrieron su provincia de buena fe extendiendo su palabra, fuese el Nuevo Testamento o la suya propia. Como Jesús, fueron perseguidos por bandas de defensores y de pequeños ladrones. En resumen, la misma mentalidad que hizo crucificar a Jesús como si fuera un ladrón hizo que fueran quemados como parásitos. La historia funciona siempre de la misma forma.

La secta de los apostólicos

En Champagne, la autoridad religiosa tenía conocimiento de dos pueblos por sus opiniones disconformes: eran Vertus y Dormans. Desde hacía un siglo crecían sin ninguna traba las malas ideas. Pero la Iglesia no era lo bastante poderosa, y tenía que sufrir la existencia de esas gentes. Además, animadas por la debilidad, unida a su humanidad, del Dios verdadero, ¡se fueron hasta Colonia y Lieja, a repartir sus mentiras entre las clases trabajadoras! Cometieron la bajeza de reclutar, de lograr adeptos entre los pobres y en especial entre los tejedores, tanto hombres como mujeres.

Pretendían reconstruir la Iglesia de los primeros tiempos y por eso rechazaban la autoridad del Papa y la de sus obispos. Practicaban la continencia y no comían ni carne ni lácteos. Bernardo de Claraval, santo varón donde los haya, irá en persona a acusarles de inmoralidad antes de mandarlos quemar sobre la hoguera. Sin embargo, había intentado inculcarles la razón verdadera, la suya: «A estas gentes, no se les puede convencer por la razón, no la comprenden. No se les puede convencer por la autoridad, no la aceptan. Sólo se les doblega por la persuasión, puestos que están endurecidos por el mal. La prueba de su maldad es que prefieren morir antes que convertirse. La hoguera les espera».

Algunos de ellos, conducidos ante el tribunal de la Iglesia en Colonia, abjuraron para salvar sus vidas y seguir con el apostolado; por el contrario, muchos se obstinaron en sus creencias. Evidentemente se les negó el debate contrapuesto al que aspiraban. Pero la instrucción del proceso duró mucho

tiempo, para mayor gloria de la Iglesia, que mediatizó así un asunto que tenía controlado. Finalmente, fue el pueblo, atraído por el olor de la sangre, el encargado de vaciar las prisiones del obispo y de quemar a aquellas personas de una fe tan simple y fuerte.

Numerosas sectas apostólicas nacieron espontáneamente en toda Europa. Los elementos de rechazo en los que basaron su fe eran siempre los mismos. En general, se trataba de mentalidades puras cargadas de rigor y de honestidad. La Iglesia no les perdonó ser más ejemplares que ella misma.

Éon de l'Étoile

Fue un bretón iluminado cuya historia se movió constantemente entre el drama y la burla. Se creyó Jesucristo y recorrió los bosques bretones para predicar la buena nueva. Le siguieron grupos cada vez más numerosos, turbas de vagabundos y ladrones sin moralidad. Al final, fue apresado con algunos de los suyos. Se les condujo ante el tribunal de Reims, precisamente la ciudad donde se celebraba el concilio presidido por el papa Eugenio III, que hizo a Éon el honor de interrogarlo.

—¿Quién eres?
—¡Soy Jesús!

La autoridad no se ensañó con él y lo encerró hasta su muerte. Sus seguidores, que habían querido aprovecharse de su popularidad y de su inocencia, fueron enviados al suplicio.

Pierre de Bruys

Los elementos sobre los que se fundó su doctrina son simples: «Bautizar a los niños no es compatible con su ausencia de razón. Las iglesias son construcciones inútiles, porque Dios está presente en todas partes, de modo que se puede rezar en cualquier sitio. Hay que quemar las cruces, que empujan al creyente hacia el fetichismo. Una vida santa por las obras no implica la redención del alma».

Con estos planteamientos sencillos, se levantó con vehemencia contra la existencia de la Iglesia constituida. Además, Pierre de Bruys tenía el valor (o la imprudencia) de acompañar el gesto con la palabra, por lo que él

y sus fieles quemaban todas las cruces que encontraban a su paso, utilizándolas para asar carne que comían incluso el Viernes Santo. Este comportamiento no le acarreó una buena publicidad entre los obispos de Provenza y Narbona, de donde fue sucesivamente expulsado. Se refugió en Toulouse y fue bien acogido allí por un tiempo. Difundió la buena nueva de un extremo al otro del condado y, sin embargo, acabó por dejarse prender en sus límites, en Saint-Gilles, por una parte del pueblo de costumbres religiosas ortodoxas; la autoridad le condenó a la hoguera. No obstante, había formado a un discípulo convencido.

Henri de Lausana

Fue un joven eremita a quien no agradaba lo duro de esta opción sin porvenir. Por eso la abandonó para ir a predicar a Borgoña y luego a Suiza, su país de origen. Caminaba con los pies desnudos, vestido pobremente, con la barba larga. Vivía de las limosnas y dormía en fosas. Pero era corpulento, de elevada estatura, su voz era convincente, tenía encanto y su mirada era profunda. En una palabra, seducía a las masas. Rápidamente se le concedió el don de la doble visión, y luego el de la profecía. Se parecía en todos los rasgos a Jesús. Y llegó a reproducir también sus desplazamientos para predicar. Suiza era su Galilea. ¿Abandonó tal vez este pequeño país porque allí no daban crédito a la grandeza de sus visiones? Se trasladó a Mans, donde el obispo Hildebert le acogió con cierta desconfianza y le permitió predicar con la ayuda, si era necesario, de los diáconos de su catedral. De este modo metió al lobo en el gallinero.

Las iglesias se quedaron rápidamente demasiado pequeñas para contener a todos los fieles venidos a escuchar sus encendidas palabras. Era necesario levantar estrados en las plazas para que Henri pudiera dirigirse a la multitud, que abundaba en una credulidad sin fisuras, y el orador salía de sus apasionados sermones, tal vez un poco demagógicos, cada vez más engrandecido. La estructura de sus discursos era sin duda rudimentaria, pero seducía. ¿No se trataba una vez más del recurrente discurso sobre las costumbres inmorales del clero entregado a esta Iglesia señorial que revendía al por menor lo que compraba a precio de mayorista? Henri era hábil, era bueno, daba al pueblo lo que el pueblo tenía ganas de escuchar. Su inmenso éxito precipitó a la multitud a odiar al clero local. Curas, diáconos y clérigos no podían ya salir de sus casas sin ser atacados por la

gente, que a menudo les molestaba. Les insultaban, se negaban a venderles comida, les tiraban piedras. ¿Podían haber llegado a lapidarlos? El conde de Maine tuvo que intervenir antes de que el asunto produjera enfrentamientos por las calles. Henri fue obligado a abandonar el país bajo pena de excomunión. El oficial del conde que le llevó la notificación estuvo a punto de ser atacado, pero volvió trayendo las noticias que se esperaban: allí se entregaban a orgías condenables. Henri, finalmente, aceptó abandonar la ciudad de Mans antes de que las cosas se pusieran peor para él.

Seguidamente se trasladó a Poitou, a Aquitania, al Languedoc, donde su paso dejó huella. En Périgueux crea una pequeña secta de apostólicos cuyas normas estaban muy próximas a las de los de Champagne. En 1133 fue arrestado por el obispo de Arles y posteriormente, acusado de herejía, enviado a prisión. Algún tiempo después, lo encontramos en Toulouse. ¿Qué milagro le ayudó a salir de las mazmorras del arzobispado? Lo ignoramos. Celebró ceremonias en Toulouse. Sus seguidores eran numerosos y se contaban entre los artesanos tejedores, pero también entre los burgueses, es decir, la nobleza. En todo momento el condado de Toulouse se mostró rebelde a las nuevas ideas preconizadas por la reforma. Su clero seguía siendo señorial y su episcopado sumiso a los barones. Por el contrario, la cultura estaba allí más presente que en otros lugares y sin duda también el espíritu crítico. Henri, tolerado por las autoridades, bien acogido por el pueblo, siguiócon su obra. Hay algo curioso en el hecho de que pudiera actuar con total libertad. Sin duda había suavizado sus anatemas contra la Iglesia, puesto que no se puede concebir que de no ser así no hubiera sido puesto fuera de circulación por uno de los poderosos obispos. Sea como fuere, no fue el clero del país quien se asustó de esta popularidad, sino la Santa Sede. En los casos desesperados siempre se recurría al arma infalible, San Bernardo de Claraval. Enviado por el príncipe, el santo llegó, predicó, hizo incluso algunos milagros, sedujo al pueblo, pero en ningún caso a la nobleza y luego salió con la mitra entre las piernas, ridiculizado por los habitantes de Verfeil que, al verle venir de lejos, se encerraron en sus casas. La bofetada en la mejilla del santo fue humillante, y este huyó sin ofrecer la otra.

Estamos en 1145. Corrían malos tiempos para Henri. Desapareció por un tiempo. Alphonse Jourdain, conde de Toulouse, se estaba equipando para la segunda cruzada, la misma que predicaba San Bernardo después de la mala experiencia entre los de Toulouse.

Esta segunda cruzada (1146-1148) fue comandada conjuntamente por Luis VII, por entonces casado todavía con Leonor de Aquitania, y Conrado III Hohenstaufen. Alphonse Jourdain, envenenado en Cesarea, perderá allí la vida. Comenzó entonces, en 1148, el largo reinado de Raimundo V en el condado de Toulouse, que acabaría en 1194. Es la época de ascensión del catarismo. Posteriormente tendrá lugar la epopeya contra el caballero al servicio de Dios, tan fanático como peligroso, Simón de Montfort. El punto final será la quema de Montségur, en 1244. Pero el catarismo continuó viviendo después de que el condado de Toulouse se incorporara a la corona de Francia gracias al matrimonio sin descendencia de la hija de Raimundo VII con Alfonso de Poitiers, hermano de San Luis, rey de Francia.

En 1321, Guillaume Bélibaste, último cátaro conocido oficialmente, morirá en la hoguera en Villerouge-Termenès. Siete años antes, Jacques de Molay, último gran maestro de los Templarios, morirá también en la hoguera. Estas muertes significan, durante un tiempo, el triunfo de la Iglesia, obstinada y paciente.

El catarismo

Los orígenes

El término cátaro procede del griego catharos que significa «puro» o «purificado». Se encuentra en Francia por primera vez en los años 1150, en la condena, por el obispo de Colonia, de un clérigo llamado Jonás, convencido por la herejía cátara.

Las bases de la doctrina cátara se asientan sobre la dualidad entre el bien y el mal.

El mundo visible y todo lo que le rodea, los sufrimientos y desgracias de esta vida, es la expresión del mal, es decir, la obra de Satán.

El mundo invisible está poblado por criaturas de Dios, eternas e incorruptibles. Habrá dos catarismos. El primero estará fundado en una dualidad absoluta entre el bien y el mal. Este mundo es la obra de Satán. El mundo de Dios está en otra parte. Pero existe. El segundo, menos radical, concede a Dios la autoría sobre el conjunto, sin dejar de lado la dualidad entre el bien y el mal, obras de Dios.

En uno y otro caso, los cátaros son creyentes convencidos y sinceros. El catarismo occitano será el de la dualidad absoluta: no hay ninguna

relación entre el bien y el mal.

Según la Inquisición, la herejía nació en la región de Constantinopla. Fue rápidamente trasladada por los comerciantes a Bulgaria, luego a Bosnia y por último a Europa (Flandes, Lombardía y Languedoc). La primera cruzada, en 1099, y la segunda, en 1148, con Alphonse Jourdain, conde de Toulouse, favorecieron la expansión de estas ideas hacia la Europa cristiana.

A su regreso a Francia, los partidarios de esta secta herética fundaron una Iglesia y nombraron un obispo en Francia. En el sur del país se establecieron cuatro obispados: Carcasona, Albi, Toulouse y Agen, que mantuvieron relaciones estrechas, tanto ideológicas como comerciales, con la Iglesia cátara de Lombardía.

En 1167 se celebró un gran concilio cátaro en Saint-Felix-de-Caraman, en Lauragais, cerca de Toulouse. Todas las iglesias estaban representadas en él, las de Francigènes al norte del Loira, de Albi al sur y de Lombardía. Esta asamblea fue presidida por Nicetas, Papa hereje de Constantinopla, partidario de un dualismo absoluto.

Al final del siglo XII, veinte iglesias cátaras se repartían por el norte del Mediterráneo, desde Constantinopla a Toulouse.

En el Languedoc, la herejía prosperó hasta tal punto que en el condado de Razès, feudo dependiente del vizcondado de Carcasona, se reclamó en1225 un obispo propio que no tuviera que seguir dependiendo del de Toulouse o el de Carcasona.

Después de la reunión de toda la cristiandad cátara, se delimitó la nueva diócesis, que se confió a Benito de Termes.

Hay que destacar que desde hacía medio siglo estas instituciones funcionaban con una perfecta cohesión para mayor beneficio de todos, con la bendición implícita, entre otros, de los condes de Toulouse, Raimundo V y VI y los vizcondes de Trencavel, Ramón, Roger II y Ramón-Roger, señores de Béziers, Carcasona, Albi y de Razès.

La poderosa familia Trencavel siempre había sido conocida por su anticlericalismo. Por el contrario, la iglesia lombarda, dividida entre dualistas duros y dualistas moderados, mostraba una menor homogeneidad.

La doctrina

Un elemento fundamental de la doctrina cátara es su cristianismo auténtico y profundo.

A pesar de ello, algunos puntos importantes la diferencian del cristianismo. Dichos puntos son su razón de ser. A fin de cuentas, el catarismo es ascetismo y tolerancia. El ascetismo es propio de los hombres buenos, su clero, y la tolerancia, de sus creyentes, partidarios y simpatizantes.

No existe ningún catecismo cátaro, escrito u oral. Por eso sabemos tan poco sobre su doctrina. Posteriormente, atando cabos, hemos averiguado lo esencial a través de las respuestas dadas a los inquisidores por los herejes acusados. Hubo a lo largo de esos interrogatorios, profesiones de fe valiosas y convincentes.

¿En qué se diferencia la doctrina cátara del cristianismo oficial?

A pesar de la negación de la Trinidad, la idea de Dios sigue estando completa e indiscutible. Es un Dios de bondad cuyo poder se limita únicamente a lo invisible. La existencia de ese mundo invisible es uno de los fundamentos de la doctrina. En él creen los cátaros. Es el reino del bien.

Frente a ese reino de lo invisible, existe el de lo visible, que está lleno únicamente de mentiras y perversión.

En pura lógica, la doctrina no acepta la existencia del hijo de Dios, Jesucristo, o de María, la mujer que lo trajo al mundo. No se trata de negar la existencia mortal de un hombre que se llamó Jesús, sino sólo de rechazar que ese hombre haya podido ser el hijo de Dios.

Se trata de la expresión de un cisma profundo e intolerable para la Iglesia, cuya construcción se basa esencialmente en la existencia terrenal de Jesucristo. En realidad, la doctrina cátara no dice nada más. Pero esto, que basta para establecer los fundamentos de una religión, no basta para construir su estructura. Faltaba un catecismo para la instrucción de los neófitos. Pero nunca lo hubo.

Hacia el año 1170 y los años siguientes, tuvieron lugar debates en las más altas esferas entre representantes de la Iglesia oficial y representantes de la Iglesia cátara.

La más célebre de estas asambleas de opuestos fue el coloquio de Montréal. Durante dos semanas del mes de abril de 1207, Santo Domingo, el obispo Diego de Osma y el legado del Papa Pedro de Castelnau opusieron su dialéctica a la de Guilhabert de Castres, obispo cátaro, asistido por los mejores representantes de la nueva doctrina de Verfeil y Cabaret.

Tanto unos como otros tenían un conocimiento profundo de los textos bíblicos. No surgió nada positivo de estas confrontaciones. Los cátaros acabaron más convencidos de su fe y los exegetas oficiales más conscientes del peligro que corrían.

Los exegetas cátaros se encontraron acorralados y con la obligación de dar ciertas explicaciones, como por ejemplo la que deriva del pensamiento «de la tribu de Dragovit» de los dualistas absolutos: antes del «inicio» hubo un enfrentamiento cósmico entre el reino del mal y el del bien. Lucifer invadió con los suyos el reino de Dios, sedujo a un cierto número de ángeles y finalmente fue expulsado. Lucifer, para vengarse, creó un mundo material a su imagen, un mundo del mal, existente y visible, el mundo de la carne.

Conclusión: el mal no es imputable a Dios, que es bueno y justo, sino a un príncipe del mal. Hay pues que admitir que el mal, como principio, es previo a Dios.

De esto resulta para los cátaros que la Tierra es el auténtico purgatorio. Esta idea es el punto de partida que dará forma a la piedad cátara y a sus ritos materiales.

La creencia de que la vida terrenal es como un purgatorio está inmediatamente asociada a otra, que es la redención o, en una acepción más prosaica, la reencarnación; pero, ¿la redención en qué mundo? ¿la reencarnación bajo qué forma?

Catarismo y metempsicosis

Si bien los cátaros creían en otra vida, invisible, intemporal y perfecta, a la que es necesario acceder mediante un tránsito edificante en la Tierra-purgatorio, no creían en la reencarnación. Se trata de una deformación posterior de la doctrina. No se encuentra ninguna mención a la reencarnación en los primeros años del catarismo. Esta nueva idea parece haber sido introducida hacia finales del siglo XIII. ¿Por qué?

La respuesta es sencilla. La idea de reencarnación-recompensa reforzaba perfectamente la del purgatorio-prueba. Tan rápida fue la degeneración que la idea acabó evolucionando hacia la metempsicosis. Además, o más bien, de hecho, el carácter de esta idea seducía al pueblo y en eso radicaba su verdadera razón de ser.

La religión oficial siempre ha conocido estos mecanismos, y ha cubierto muy bien sus incongruencias de cierta dosis de misterio.

Esto demuestra, si aún era necesario, hasta qué punto una religión, para ser accesible al pueblo, debe estar rodeada de la magia adecuada para satisfacer una superstición ávida de maravillas.

Pero esto también muestra que el catarismo pudo haber seducido por su lado desmitificador. No había milagros en esta doctrina.

El drama comenzó cuando la Iglesia oficial afirmó que sólo su magia era buena (los milagros del Antiguo y del Nuevo Testamento).

Los textos apócrifos

Deformaron enormemente la autenticidad del pensamiento cátaro y a menudo lo convirtieron en algo vulgar.

Duran de Huesca, defensor de esta línea de pensamiento, afirmó haber leído en el año 1224 el siguiente texto que los heresiarcas, según él, leían clandestinamente a sus seguidores. El texto, en esencia, decía así: «Isaías, el profeta, vio en el firmamento a una mujer, María, acompañada del hombre al que estaba prometida. De repente, entre la pareja se dibujó un niño pequeño. Era Jesús».

Estos textos, creados para atraer al pueblo, se repartieron tardíamente por el Languedoc. Se encontraron en el siglo XVII, en los manuscritos de la Inquisición.

La lógica del pecado

Al igual que las numerosas sectas apostólicas de las que ya hemos hablado, los cátaros no compartían los sacramentos institucionalizados de la Iglesia oficial. Pero las sectas estaban en contra de la Iglesia y los cátaros a favor de Dios. Hay aquí una distinción importante que impulsaría a los primeros a un rechazo destructivo y a los segundos a arreglos constructivos.

Si bien no apreciaban ninguna realidad teosófica en el bautismo de los bebés o en la comunión eucarística, los cátaros bendecían, sin embargo, el pan antes de partirlo y rezaban el benedícite.

Fieles a la lógica de sus opiniones, condenaban el matrimonio que, decían, sólo tiene como consecuencia la deshonra carnal y la puesta en el mundo de seres nuevos que van a perpetuar el mal. Pero del mismo modo

respondían, al ser preguntados, que el incesto no es en principio más condenable que cualquier otra relación sexual. Esta toma de posición en la materia, que era una actitud lógica pero arriesgada, les fue justamente reprochada.

Acorralados por esta cuestión, ¿qué otra cosa podían responder? Cualquiera que hubiera podido ser la respuesta, siempre habría sido mala. De ahí que algo después afirmaran: todas las relaciones de la carne son malas, pero el incesto es la peor.

En lo concerniente a su religión, los creyentes cátaros, sin importar su rango en el clero, cometían pecados. Estos pecados no se perdonaban solamente reconociendo el arrepentimiento, aunque fuera sincero. Sólo Dios podía perdonarlos, pero esto mismo no suprimiría la realidad de sus pecados, puesto que el hecho de perdonar absuelve pero no suprime la falta. Por eso los creyentes, después de reconocer sus faltas, hacían penitencia.

Al pecar, es necesario pagar un precio, lo cual lleva implícita una noción de responsabilidad que no existe en la religión cristiana, donde basta con reconocer la falta para obtener el perdón con una penitencia o un óbolo, que no es más que un peaje. El cátaro no pide perdón a nadie. Si comete una falta, la paga, y eso es todo.

¿Se trataba de una religión inhumana, al no querer pedir ayuda a nadie? Se puede defender también la postura contraria puesto que, si bien era una religión de Dios, lo era aún más del hombre para el hombre. Esto explica que el pueblo fuera siempre partidario de esta causa, porque estaba dirigida a espíritus fuertes.

Ritos y actitudes

Los cátaros poseían un conocimiento profundo de las Escrituras, de las que extraían las ideas que concordaban con sus creencias.

La fuente principal en la que se sustentaron para difundir su doctrina fue el Evangelio según San Juan. Esto es fácil de comprender si se tiene en cuenta la personalidad de San Juan, que sólo es amor y subjetividad, a diferencia de los otros evangelistas, que querían demostrar lo que escribían; San Mateo era, en este sentido, el campeón de la demostración sincera y sin pruebas.

Se encuentran muchas virtudes apostólicas en la «vertuel» cátara. Así, los cátaros ayunaban a menudo, hasta tres veces por semana si sus faltas les

obligaban a ello. Celebraban tres cuaresmas al año.

Evidentemente, no eran fetichistas, no adoraban el símbolo de la cruz y no hacían la señal correspondiente.

Estos creyentes, a pesar de que menospreciaban su cuerpo, no despreciaban la vida. Por eso prohibieron comer cualquier bestia de sangre. A cambio, disfrutaban de los patés de pescado. Este respeto por la vida animal es paradójico en esa época. Para ellos, derramar sangre, ya fuera animal o humana, era matar.

Estuvieron en contra de cualquier forma de homicidio y, adelantándose a su época, se opusieron a la pena de muerte. Este simple detalle era un concepto revolucionario en el siglo XIII, en el que la vida tenía tan poco valor.

Partidarios y creyentes

En la parte más baja del escalafón se encuentran los partidarios y los creyentes.

Los partidarios

Los partidarios eran incontables. Todo el Languedoc, aunque católico, era partidario en mayor o en menor medida.

Se podría pensar que hubo rivalidades. Por lo general es falso, porque en principio todos eran cristianos y compartían el mismo Dios. Después, según se profundizaba en la creencia, se elegía adorar a Dios en la forma cátara o en la forma católica.

Además, paradójicamente, los monasterios reclutaron a los predicadores cátaros que iban por los caminos y se ofrecían como trabajadores temporales o vendimiadores. Los benedictinos de Sérèze tenían la costumbre de emplearlos y escucharles. Esto explica que tanto de una parte como de la otra hubiera tantos desertores.

La religión cátara no vino a conquistar el Languedoc con la cruz en una mano y la espada en la otra, como tan a menudo había hecho el catolicismo romano. Se implantó según una lógica irrefutable, porque correspondía a una necesidad, a una realidad cultural.

¿Y esto por qué?

Debido al derecho de herencia del primogénito varón.

O más bien a causa de la ausencia de derecho de herencia del primogénito.

Las mujeres de esa época solían traer al mundo muchos hijos, porque la mayoría morían a tierna edad. Mejor demasiados que muy pocos. El resultado era que, en muchas ocasiones, los herederos eran numerosos, y las heredades, repartidas entre ellos, se iban reduciendo.

Bastaba con dos generaciones prolíficas, por la gracia de Dios, para que un hermoso dominio se viera reducido a varias fanegas.

Esto implicaba que eran numerosos los pequeños nobles del campo que sobrevivían a duras penas en sus tierras. Muchos se trasladaron a las ciudades a probar fortuna en el comercio. Muchas ciudades tenían sus calles llenas de nobles.

Entre los que se quedaban en el campo, la mayoría, que sabían leer y escribir, sentían la necesidad de dar cierta educación a sus hijos. ¿Cómo podrían hacerlo, sin dinero, lejos de todo, y sin poder permitirse un preceptor?

Sin embargo, les quedaba una solución: confiar sus hijos a una «casa de los hombres buenos» que se encargaría de enseñarles lo necesario.

Estas casas, pequeños prioratos o monasterios, eran numerosas. Muchos niños procedentes de clases sociales diferentes eran educados en ellas. No costaba muy caro, sólo algún sueldo de plata de vez en cuando.

Por supuesto, no era intrascendente, porque acababan adquiriendo enseñanzas de la otra religión. Pero no importaba que se tratase de una u otra doctrina, en tanto que fuesen siendo buenos cristianos. Además, muchos aprendieron en estas casas un oficio: tejer, teñir, comerciar, cambiar, ejercer la medicina...

Estas comunidades entraban en competencia, tenían el mismo sentido del alma que del dinero. En algunas ocasiones se harán ricas por su trabajo continuo y a menudo se hablará de tesoros cátaros.

Otra razón de su poder de convocatoria es que estas gentes predican la grandeza de Dios. Son buenos cristianos, sin duda, quizá algo diferentes. Pero no hay más que escuchar sus prédicas para admitir que evidentemente la fe católica afirma cosas a veces difíciles de creer.

Roger-Bernard, conde de Foix, dirá a un conde de Tarascón: «Guardáos de escucharlos, pues os meterán en el espíritu sofismas que ya nunca volverán a salir». Pero esos sofismas, si hay que llamar así a ciertas proposiciones cátaras, son comprensibles hasta para el último de los nobles.

Es la segunda razón del éxito de esta religión: su fácil comprensión por parte del pueblo.

Se ha dicho muchas veces que esta religión iba dirigida a la élite. Si consideramos que la élite, la nobleza arruinada, ya no existía prácticamente en esa época y que, paralelamente, la clase burguesa, emprendedora y comerciante estaba subiendo, entonces, sí, se puede hablar de élite.

Una última razón, técnica en este caso, favoreció el brote del catarismo. En este periodo del siglo XII, el Languedoc era una región cuyas gentes eran incomparablemente más cultas que las del resto de Francia. El rechazo del latín en beneficio de la lengua de oc facilitó el acceso popular a la cultura.

Dentro de este espíritu se va a desarrollar el amor cortés y con este mismo espíritu se va a traducir a la lengua vulgar el Evangelio de San Juan. Una vez traducido, este evangelio, la verdadera Biblia de los cátaros, será accesible para un gran número de personas. La clase media se veía así elevada al rango noble de clientela.

Es una razón más que obligó a considerar la religión cátara como elitista. Pero también es un motivo que provocó el crecimiento del número de partidarios, entre los que se reclutaron los creyentes.

Los creyentes

Fueron criados en la doctrina cátara, o bien se acercaron a ella. No es sencillo establecer las razones, a menos que se inventen, que decidieron que determinado creyente pudiera merecer ser elevado a la dignidad de perfecto y que otro no lo mereciera.

Por supuesto, el clero cátaro necesitaba ministros para difundir su palabra y sumar adeptos, pero, cuando se constata hasta qué punto todos estos perfectos fueron fieles a su compromiso, sólo se puede admitir que las elecciones de estos individuos fueron efectivas, si no buenas.

Sin embargo, un velo oculta nuestra razón moderna cuando un interés por la objetividad le hace aplicar la combatividad de una secta como los Testigos de Jehová a la de los cátaros. Sin embargo, somos incapaces de concebir la naturaleza del «pensamiento» en esa época, de este modo es inútil interesarse por esta cuestión, porque no tiene respuesta posible.

La labor del creyente era plantearse la siguiente cuestión: entrar o no en la orden cátara. Esta cuestión no era sencilla para él, puesto que sabía

que el camino iba a ser duro. Tampoco era sencillo para los que debían aceptarlo entre ellos. ¿Sería capaz en el futuro de honrar su elección?

Existen ejemplos magníficos que siguen siendo para nosotros incomprensibles porque son demasiado bellos. Así, la dama de Roquefort, que sabemos que era perfecta en el año 1209 y cuyo pequeño castillo se elevaba en la montaña Noire, tuvo muchos niños. Tres de sus hijos fueron ordenados perfectos y también una de sus hijas. Sin embargo, otro hijo, franco católico, acabó siendo nombrado obispo de Carcasona, en el mismo año 1209, y su cuñado (una broma macabra de la historia), fue quemado en1226 como obispo cátaro de Razès. Los hombres son los que escriben la historia, pero ¿quién la hace?

Otro ejemplo y no de los menos importantes. En1204, Forneria de Pereilha, madre de Ramón de Pereilha, a quien fue confiada ese mismo año la tarea de reconstruir Montségur, decide hacerse ordenar perfecta y abrir una comunidad.

Para este fin, abandona el domicilio conyugal de su segundo marido, Arnaud-Roger de Mirepoix, y la hija pequeña nacida de esta unión, Azalaïs. Poco después, vuelve para raptar a la niña, a la que quiere educar en su religión. Azalaïs, reticente, esperará su mayoría de edad para huir del hogar materno y casarse con un caballero de Massabrac antes que observar la continencia carnal cátara.

Pero Ramón de Pereilha tuvo tres hijas. Una de ellas, Philippa, se casó con Pierre-Roger de Mirepoix y tuvieron un hijo, Esquiev. La segunda, Cecilia, se casó con Arnaud-Roger de Mirepoix. Tuvieron una hija, Braïda. No se sabe qué fue de la tercera.

Toda esta familia estará presente en Montségur durante el asedio. Es difícil para nosotros concebir qué papel jugaron las mujeres, quienes, después de miles de años de servidumbre, pasaron por encima de todo lo que se oponía a su voluntad.

A estas mujeres nobles, además, no les faltaron energías, puesto que fueron fecundas. Aude, dama de Fangeaux, tuvo cinco hijos. Cinco tuvo también Blanche, dama de Laurac y seis la dama de Roquefort y la dama de Mas, grandes figuras del catarismo femenino. Hay que destacar, sin embargo, que todas entraron en contacto con la religión en el tiempo en que la fogosidad del cuerpo cede ante los deseos del corazón.

¿Nos sorprenderá, después de esto, que el veinte por ciento del clero cátaro fuera de origen noble y que las mujeres representasen más de un

tercio del total?

Los perfectos

La perfección puede ser también femenina. Numerosas mujeres se convirtieron en perfectas. Hay aquí una diferencia profunda con la restrictiva religión católica. La religión cátara da a las mujeres una posición de igualdad con el sexo masculino o casi, puesto que no habrá ningún obispo mujer. Esto es nuevo y casi increíble.

Esta es sin duda la razón por la que el catarismo sedujo tanto a las mujeres. Ellas, que no eran casi nada cien años atrás, se encontraron de repente colocadas en un pedestal, tratadas en un plano de igualdad con los hombres, al menos en materia de religión. Con medios de este calibre la buena nueva se difundió rápidamente.

La razón de esta situación hay que buscarla en la doctrina. El desprecio por la carne no hace distinciones entre el hombre y la mujer. El peligro lo constituyó el hecho de que las mujeres, siempre más firmes ante la realidad, educaron a sus hijos e hijas en un catarismo militante que no convenía a todos los niños. Muchos de ellos rechazaron la condición de perfectos, punto final de una educación completa, y volvieron al mundo.

La jerarquía

En la religión católica, la pirámide de la autoridad está estructurada y jerarquizada. En el clero cátaro, todo está simplificado. En la base, están los perfectos, que predican si están suficientemente instruidos, y el resto, que trabaja.

En la cúspide, están el obispo y sus dos hijos espirituales, el hijo mayor, destinado a sucederle, y el hijo menor. Los cátaros, en su época, no se llamaban cátaros; este era un vocablo extranjero no habría significado nada para el pueblo; se les llamaba, en lengua occitana, bons-hommes «hombres buenos». También se les llamaba perfectos. Es una palabra procedente del latín erectus, «el que se mantiene en pie».

Por debajo del obispo y de sus dos asesores, se encuentran los diáconos. Su autoridad se ejerce sobre un cantón y es grande, puesto que concierne tanto a la función penitencial como a la función administrativa.

Hay que administrar las almas así entre otras responsabilidades, bautizan a los moribundos.

Los hombres buenos, que no son itinerantes en la mayoría de los casos, viven en casas, pequeñas comunidades que agrupan de quince a sesenta perfectos. Allí se trabaja, se predica, se reza mucho.

A la cabeza de las casas se encuentra un anciano o una anciana si la casa es de mujeres, como será muchas veces el caso. Estas casas acogen a los partidarios y los creyentes que vienen a introducirse en la doctrina.

Los perfectos no se incorporan por su simple voluntad. Tienen que cumplir con ciertas pruebas que llevan algún tiempo, de uno a tres años, antes de ser admitidos por consenso. Sin embargo, según la confianza que inspiren, les serán confiadas algunas responsabilidades, como, por ejemplo, la de recibir los fondos destinados a su diócesis.

¿Cómo convertirse en perfecto?

Los perfectos proceden, por lo tanto, de los creyentes. Un creyente, si lo desea, puede convertirse en perfecto si su petición es aceptada.

La decisión más difícil de tomar para el postulante es la del rigor ascético. Es la diferencia esencial con la condición de creyente. Además, tendrá que renunciar a los placeres de la mesa, de la cama y de la riqueza.

No debemos menospreciar el valor de estas renuncias a las que son, para el común de los mortales, las principales razones de vivir y de las que el clero oficial no se privaba.

En contrapartida, el perfecto canaliza toda su energía en la oración, el trabajo, en su camino hacia Dios.

¿Cómo puede llegarse a adquirir la suficiente convicción para cambiar un sistema fundado en la voluptuosidad por un sistema basado en el ascetismo?

La respuesta es sencilla, y siempre es la misma. Siglos después, Pascal la llamará gracia. Los perfectos creen en esta noción ambivalente de la reencarnación-redención, y el único camino que puede conducirlos a ella es el del perfecto.

De alguna manera, lograr una vida de perfecto es la prueba de que se es digno de entrar en el reino ideal de la bondad de Dios. Esto explica hasta qué punto no temían a la muerte e incluso en ocasiones la deseaban.

La otra manera de llegar a ser perfecto o perfecta era haber ingresado desde la más tierna infancia en una de las casas donde, durante varios años, además de rezar, se recibía el aprendizaje laico de la escritura o un oficio.

En uno u otro caso llegaba un día el momento, tanto para los hombres buenos como para el postulante potencial, de poner fin a esta forma de noviciado y de tomar una decisión.

El bautismo cátaro

Al final del último año de noviciado, medido por el tiempo de las tres cuaresmas, llega la ceremonia del bautismo, auténtica ordenación. Este bautismo, en el ritual, se llama consolament. Es el único sacramento instituido en la Iglesia cátara, y tiene dos funciones en apariencia prácticamente opuestas.

En primer lugar hace oficial la entrada consciente de un postulante sensato y responsable al mundo del Dios cátaro. A partir de entonces el bautizado pertenecerá a su Iglesia.

En segundo lugar, el consolament es el sacramento que reciben antes de su última hora los que van a morir. En uno y otro caso el ritual es más o menos parecido.

Entre el ritual de Florencia, de Lyon o de Occitania, aparecen algunas diferencias de poca importancia.

El ritual del consolament se desarrolla en dos fases sucesivas. Son el momento de la oraison, es decir, el Padrenuestro, y el del consolament propiamente dicho.

Si crezent esta en l'astencia crestia so acordant que li liuro la oracio...

(Si el creyente está en estado de abstinencia y si los cristianos aceptan que se le deje orar...)

En el ritual occitano la ceremonia se desarrolla de la siguiente manera:

Li crestia lavo se las mas et crezentz si essament e puis la us dels bos homes aquel que es apres l'ancia, fasza tres reverencias al ancia e puis aparele un desc e puis otras tres e meta tovala sobrel desc e puis diga Benedicite parcite nobis e puis creszent prenga le libre en la ma del anciane.

(Que los cristianos se laven las manos y los creyentes si los hay. Que el buen hombre que viene tras el anciano haga tres reverencias al anciano. Después que le traiga un velador, después otras tres reverencias y que se ponga un mantel sobre la mesa y que diga Benedicite parcite nobis. Que el creyente tome el libro de manos del anciano.)

Los interrogatorios de la Inquisición nos han facilitado los detalles de la ceremonia. Este uso de las tres reverencias —genuflexiones— reviste un carácter excepcional en el caso del consolament. Los inquisidores lo nombraron con un término latino, el melioramentum. Pero se practica también cada vez que un creyente o un perfecto se encuentra con otro más anciano en la orden. El intercambio de bendiciones es entonces el siguiente.

El creyente o postulante pide dos veces:

Benedicite Senher!

(¡Bendícenos Señor!)

El perfecto o anciano responde dos veces:

De Deu la haiatz et de nos otres.

(Qué Dios te bendiga y nosotros también.)

La tercera vez, el creyente o postulante pide:

Benedicite Senher pregatz Deu per aquest peccaire e que Deu l'aport a bona fi.

(Bendícenos Señor y ruega por que Dios conduzca a este pecador por el buen camino.)

A lo que el perfecto contesta:

Deu vos benedigat eus fassa bon chrestia e port a bona fi.

(Que Dios os bendiga, os haga buen cristiano y os conduzca por el buen camino.)

Luego el oficiante reclama la profesión de fe al postulante:

Devetz entender si aquesta santa oracio voletz recebre quar cove vos pentir de totz les vostres pecatz e perdonar a totz homes e vostre cor cove de gardar aquesta santa oracio totz les temps de vostra vida si Deu donara a vos gracia de recebre ela segon las costuma de la Gleisa de Deu ab castetat e ab veritat e ab totas otras vertutz las quals Deu volra donar a vos.

(Debéis declarar que queréis recibir la santa oración porque es conveniente que os arrepintáis de todos vuestros pecados y que perdonéis a todos los hombres. Y es necesario que vuestro corazón conserve esta santa oración todo el tiempo de vuestra vida que Dios os dará la gracia de haberla recibido según la costumbre de la Iglesia de Dios por la penitencia, por la verdad y por todas las otras virtudes que Dios querrá daros.)

El oficiante recita seguidamente la oración, es decir, el Padrenuestro, repetido en coro por el recipiendario y la asamblea, cristianos y creyentes; finalmente pronuncia esta frase ritual:

Aquesta santa oracio vos liuram que la recipiatz de Deu e de noz e de la Gleisa e que haiatz de dir ela totz les temps de la vostra vida de diatz e de nuitz e que jamas no mangetz ni bevatz que aquesta oracio nos digat primeramente.

(Esta santa oración que os confiamos la recibís de Dios, de nosotros y de la Iglesia para que podáis decirla todo el tiempo de vuestra vida tanto de día como de noche y que seáis capaz de comer y beber siempre únicamente lo que esta oración nos permite beber y comer como ya se ha dicho desde el comienzo.)

Siguen más oraciones y series de tres Padrenuestros. Después el nuevo perfecto da las gracias a Dios, al oficiante y a los creyentes reunidos en ese gran día. Recibe también su libro, el único que los cátaros reconocen, el Nuevo Testamento.

En ese libro se halla el Evangelio de San Juan, del que aprenderá de memoria páginas enteras. De ese saber escrito y recitable extraerá, además de certezas espirituales, todas las respuestas útiles para asimilar las contradicciones de su fe. Ese libro, encerrado en un estuche de cuero atado a su cintura, no le abandonará jamás. Será para todo el mundo señal distintiva de reconocimiento. También será diferente el aspecto externo de

los perfectos: ropa de color buriel con capucha negra, ajustada a la cintura, y barba y cabellos largos. Al fin y al cabo, un traje de monje.

Cuando la Inquisición se haga peligrosa por su ferocidad hacia la secta, la ropa de color buriel dejará lugar a un traje negro. Las barbas y los cabellos largos se recortarán; de este modo, los perfectos pierden algo de su personalidad.

Una variante de esta ordenación es la que practica el oficiante cuando coloca sobre la cabeza del postulante el Evangelio de San Juan. Cada uno de los perfectos presentes le coloca entonces la mano sobre la cabeza recitando esta fórmula latina:

Parcite nobis. Adoremos Patrem et Filium et Spiritumn Sanctum.

(Ten piedad de nosotros. Adoramos al Padre, alHijo y al Espíritu Santo.)

Después se pronuncia la fórmula ritual del bautismo:

Pater sancte, suscipe servum tuum in tua justicia et mitte gratiam tuam et Spiritum Sanctum tuum super eum.

(Padre santo, acepta a tu humilde siervo en tu justicia, envía sobre él tu gracia y tu Espíritu Santo.)

Le sigue una secuencia de siete padrenuestros. Para cerrar la ceremonia, el oficiante hace lectura al recipiendario de los siete primeros versículos del Evangelio de San Juan.

La vida y la regla

El perfecto vive, a partir de su ordenación, inmerso en una comunidad. Para que la orden pueda subsistir, trabajará y, porque es su razón de ser, rezará. Los talleres y el comercio serán siempre actividades primordiales de la orden.

A la cabeza de la comunidad hay un anciano que acumula todos los poderes. Este anciano depende asimismo de la administración todopoderosa de su diácono.

El perfecto se levantaba temprano, comienza rezando sus padrenuestros, que reza también durante la jornada cada vez que se presenta

una situación inusual o peligrosa. Puede ser un viaje en barco, la entrada en una casa desconocida o el paso por un puente, que, en esa época, eran peligrosos. Había pocos, eran muy frecuentados y no tenían barandilla.

Por la noche, cuando se acuesta —temprano— reza de nuevo una serie de padrenuestros. Lo hace por doblones, que son series de cuatro. Se podría creer que de esta forma ya se ha ganado el reposo nocturno; pero sería un error, puesto que el perfecto se levanta seis veces para rezar.

Se cuenta que un día, un perfecto llamó a la puerta de una comunidad que no conocía. Una vez bien acogido, preguntó cuál sería su trabajo. El anciano le respondió:

Nos levantamos a las cinco de la mañana; después de las oraciones y el desayuno, trabajamos tejiendo hasta las diez. Rezamos y seguidamente vamos a cortar madera para alimentar los hornos.

A continuación, después de comer nuestra rebanada de pan, oramos y escuchamos las oraciones de un predicador.

Luego volvemos a nuestros trabajos hasta las seis, hora en la que comemos nuestra segunda rebanada de pan con un pescado seco.

Después de esto nos reunimos para escuchar la penitencia de aquellos de entre nosotros que han pecado, luego rezamos hasta las diez y vamos a acostarnos.

Entonces el perfecto preguntó al anciano:

—¿La tierra es arcillosa por aquí?

—Quizá, lo ignoro. ¿Por qué? —respondió el anciano.

—Me gusta utilizar mi tiempo libre preparando ladrillos para reparar los muros.

Conviene aquí reflexionar sobre el eterno problema de las condiciones de vida. Los perfectos se alimentaban poco y mal, ayunaban a menudo y sin embargo trabajaban. Las privaciones de la carne debían de vez en cuando provocarles conflictos internos. ¿Cómo podían dominar su imaginación, al menos lo que quedaba de ella? ¿Ayunando más? ¿Dedicándose a penitencias todavía más duras? ¿Alimentándose todavía más miserablemente?

El ascetismo de esos hombres ejemplares influyó profundamente al pueblo, mientras que el clero oficial, que los admiraba en secreto, vivía feliz los placeres del concubinato.

Continencia carnal

Gracias a Rainier Sacconi disponemos de una fuente de información, capciosa, es cierto, pero muy abundante. Este desertor, antiguo perfecto de la orden cátara, se pasó a traición a la religión oficial. Inteligentemente utilizado por sus patrones como mercenario, llegó a ser inquisidor. Según él, «la continencia carnal era el sacrificio más meritorio y muchos jóvenes convertidos en perfectos se lamentaban de no haber aprovechado mejor su juventud».

Cuando seáis muy vieja, por la noche a la luz de[la candela,
sentada junto al fuego, devanando e hilando,
diréis cantando mis versos, maravillándoos:
Ronsard, me alabó cuando yo era bella.

Estos versos de Ronsard reflejan el mismo sentimiento de añoranza del tiempo de la juventud, adecuado para el placer, que muchos cátaros debieron de experimentar.

Relacionada con la obligación de la continencia se encuentra una práctica extraña y confirmada. El hombre joven todavía, que pretende llegar a ser perfecto, antes de desaparecer del mundo de la carne a través del consolament, desea llevar a cabo una escapada amorosa.

Para hacerlo, no duda en proponer a damas de bien, nobles o burguesas, que partan con él por un tiempo a Lombardía, tierra de todas las bellezas, de un catarismo tolerante y de una discreción asegurada. Algunas de estas damas aceptan. Los ejemplos conocidos son numerosos y pronto dejaron de sorprender.

Gracias a Ermessinde de Rabastens, antigua perfecta, de edad avanzada, tenemos esta explicación sobre la sensualidad de la época donde decididamente los valores debían chocar entre sí. Fue ama de un castillo en Montaillou y cuenta que el intendente cátaro de su marido, durante todo el tiempo que la instruyó en la religión, no dejó de proponerle que le acompañara a Lombardía.

La dama Ermessinde fue de las que no se embarcaron hacia Italia, pero otras sí lo hicieron, como la muy noble mujer del senescal del castillo Verdun en el condado de Foix, que arrojó su toca por encima de las murallas y se fugó a España con su sastre, antes de que él se hiciera perfecto. Extraña época.

El matrimonio

Los cátaros, que no reconocían los sacramentos de la Iglesia católica, no concedieron la menor importancia al sacramento del matrimonio. Como estaban en contra del pecado de la carne, no animaron a los que lo cometían a la relación conyugal. Sin embargo, ellos mismos, en un ejercicio de tolerancia, casaban habitualmente a sus creyentes y partidarios.

Una posición contraria, inhumana, hubiera reducido enormemente el número de creyentes. Y ciertamente se escuchó decir a algunos de sus detractores de la época: «Los herejes ya no quieren que las mujeres tengan hijos hasta que la raza humana desaparezca».

Además, hay que reconocer que el «pecado de la carne» ha sido siempre para los pobres la principal fuente de sus escasas alegrías, porque es gratuito. Esto explica por qué en todas las sociedades las clases populares han sido prolíficas.

Pero había una fisura. El problema, sin llegar a serlo, fue resuelto, pues los hombres buenos aceptaron el matrimonio entre creyentes y partidarios, pero quedó categóricamente prohibido entre los perfectos. El ritual se redujo entonces a una gran sencillez.

Los creyentes Guilhemine y Sicard se presentan ante el perfecto y piden ser casados según los ritos de la Iglesia.

—Guilhemine y Sicard, ¿queréis casaros según los ritos de la santa Iglesia de los cristianos?

—Sí —responde Sicard.

—Sí —responde Guilhemine.

—¿Estaréis unidos en el amor y os prometéis uno al otro fidelidad?

—Sí.

—¿Os prometéis apoyaros mutuamente tanto en la salud como en la enfermedad?

—Sí.

—Entonces, besáos, marchad y que Dios os conduzca a buen puerto. Estáis casados.

Puesto que carecía de importancia, era muy fácil disolver un matrimonio cátaro. Uno de los casos podía ser que uno de los esposos decidiera entrar en la orden de los perfectos. En otros casos de desacuerdo conyugal, un perfecto podía también disolver los lazos que habían unido a los esposos. Era necesario que hubiera habido falta grave o, al menos, razones aparentes. Pero el divorcio, o más bien la separación, no era en absoluto extraño.

La carne, sin sustitutivos, era difícil de dominar, incluso mediante la oración, así que las privaciones de comida servían de ayuda. Nada de alimentos de sangre, es decir, carne, nada de leche o queso, nada de huevos. Todo esto podía debilitar al perfecto. Se recurría incluso a las sangrías cuando ni con un ayuno riguroso se lograba debilitar el cuerpo, considerado despreciable.

No sería raro pensar que en las comunidades exclusivamente masculinas o femeninas, el pecado de la carne pudiera revelarse a través la homosexualidad. No hubo nada de eso. Aunque se constataron algunos casos de falta a la regla de continencia, todos fueron heterosexuales.

El perfecto se alimenta habitualmente de pan, pero también a menudo de verduras y de pescado a veces. Rechazar la ingesta de pan y pescado supondría un agravio al evangelio, donde se narra el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. El pan forma parte de la vida material de todos los días. Sin embargo, con el tiempo se sacraliza hasta el punto de que algunos panes venidos de Lombardía adquieren un valor mítico, como las reliquias.

El padrenuestro que recitaban los cátaros era la traducción latina de Mathieu, en la que el pan, panem, es supersubstancialem, es decir, espiritual; se trata de una versión diferente a la del panem quotidianum procedente de la traducción latina de Luc.

Cuando viajaba a pie, el perfecto iba siempre acompañado por otro perfecto, su socius, palabra latina que puede tomarse en el sentido de un asociado o alter ego. Ninguno de los dos tenía derecho a comer solo. Así sucedió una vez que, habiendo perdido durante un tiempo a su socius, un perfecto no pudo comer. Era necesario entonces que el creyente que le

recibía recorriera todo el pueblo para encontrar otro que aceptara compartir su comida.

Les estaba prohibido alimentarse de cualquier cosa relacionada con un animal o su grasa y peregrinaban con la escudilla colgada de su cintura que, lavada cinco veces al día, compartía espacio con el Evangelio de San Juan.

Este respeto por la vida animal era origen de problemas importantes para los pobres campesinos:

—¡Hija mía, ve a matar un pollo para mañana, que es domingo!

—¡Cómo, madre mía!, ¿acaso no sabéis que en los pollos se esconde el alma de los hombres?

¡Y qué decir de ese perfecto que encuentra un animal vivo, pero atrapado en una trampa en el borde del camino!

La costumbre era liberar al animal y dejar un sueldo como compensación. Los campesinos solían entonces sonreír con veneración.

Las faltas a la regla fueron raras, por una u otra causa. No obstante, las hubo, y el castigo fue duro para una joven perfecta de Banières que, habiendo huido de la orden, se refugió en su casa, donde los perfectos fueron a buscarla, no sin obligarla después a un largo ayuno seguido de la prueba de un nuevo consolament. La orden cátara no transigía con las renuncias de su rebaño. Quien se había entregado, lo hacía para siempre.

Continencia verbal

Tiene mucha relación con la preocupación por la verdad. Esta voluntad de no mentir hará el diálogo cátaro difícil, puesto que este derivaba también de la regla de que la mentira procedía de una prohibición absoluta. Esto explica en parte el rechazo al juramento. Pero también explica que raramente el buen hombre se permitiera pronunciarse sobre algún tema por miedo a equivocarse, es decir, a mentir.

Así, su conversación estará jalonada por frases como estas: «no es imposible que...», «si Jesús ha dicho esto, entonces, en ese caso...», «se dice en el Evangelio...».

Uno de los dos perfectos a los que un monje preguntaba si irían a vendimiar el siguiente mes, respondió:

—Sí, probablemente, si Dios quiere.
—Decidme sí o no, insistió el monje.
—Ah, eso no podemos decirlo con seguridad. Sólo Dios lo sabe.

Cualquier forma de diálogo era pues en principio difícil. Pero esta obsesión por la mentira adquirió visos de drama bajo la Inquisición, en los primeros años del siglo XIV, cuando los perfectos comenzaron a ver sus filas diezmadas por las detenciones.

La noticia de que determinado perfecto del país había sido arrestado corría deprisa hacia los fieles aterrorizados, pues sabían que, incapaces de mentir, tendrían que denunciar a todos los creyentes que conocieran.

El apparelhament

A pesar de su férrea voluntad, sucedía que estas gentes pecaban, ya que, aunque eran casi santos, no dejaban de ser hombres. Así, el diácono del que dependían, enérgico con las debilidades inherentes a la naturaleza humana, acudía una vez al mes para escuchar la confesión general de una comunidad.

Esta confesión pública era denominada apparelhament. La expresaba el anciano, hablando en nombre de todos. Se trataba allí de pequeñas faltas y otras infracciones veniales, habituales. Nada que ver con faltas graves, más bien tentaciones, deseos reiterados o negligencias, olvidos, todas esas pequeñas debilidades de las que puede acusarse a cualquiera que se crea inocente.

En esta ocasión, todos los perfectos se reunían en la sala más grande de la comunidad y, después de que el anciano hubiera repetido su monótona retahíla de pecadillos, todo el mundo se arrodillaba y se prosternaba en el suelo ante el diácono.

Veamos el comienzo del texto que salmodiaba entonces el anciano:

Nos em vengut delant Deu e delant vos e delant l’asordenament de la Santa Gleisa per recebre perdo et penedensia de totz nostri pecatz liqual avem faitz o ditz o pessatz o obratz del nostre naissement entro ahora e quirem misericordia a Deu e a vos que vos pregetz per nos lo Paire sanh de misericordia que nos perdo. Adorem Deu e manifestem totz li nostre pecatz...

(Hemos venido ante Dios y ante vos y ante la ley de la santa Iglesia para recibir perdón y penitencia por todos los pecados que hemos cometido o dicho por nuestras palabras o por nuestras obras desde el día de nuestro nacimiento hasta ahora. Pedimos a Dios misericordia y a vos que intercedáis con vuestras oraciones para que el Padre santo y misericordioso nos perdone. Adoramos a Dios y le contamos todos nuestros pecados...)

Es una bella oración, cargada de sencillez y humanidad.

Las penitencias previstas eran tres días de ayuno suplementario o cien genuflexiones.

Esto sólo tenía que ver con los pecados veniales. Cuando se trataba de faltas más graves, se solucionaban en privado, habitualmente ante el diácono, pero también ante el obispo. No obstante, a continuación debían ser confesadas delante de todos. El diácono debía aplicar duras penitencias.

El consolament de los moribundos

Era algo excepcional en el siglo XII morir sin el consuelo de la religión. Tenía que ser forzosamente por causa de un accidente o de un ateísmo a toda prueba, algo prácticamente inconcebible. De modo que se prestaba mucha atención ante la cercanía de la muerte.

Sin embargo, Raimundo VI, excomulgado, murió sin el socorro que había reclamado de la Iglesia.

En los países occitanos, donde la religión cátara, poderosa en el siglo XII, era públicamente observada, los moribundos se dirigían a una u otra de las dos Iglesias, pero, según desearan el auxilio de una de las dos, la ceremonia era muy diferente.

Dependiendo de si se pertenecía a la clase rica o a la clase pobre, existían dos maneras de morir. O bien, si se era pobre y católico, el sacerdote de la parroquia más cercana iba al domicilio a proporcionar al moribundo los últimos sacramentos, o bien, si sus medios se lo permitían, el interesado mandaba que lo transportaran hasta el monasterio de su elección. Allí, era recibido como donante, hacía una gratificación y moría en paz en el seno de su Iglesia.

El rito era muy diferente entre los cátaros, que debían ser perfectos o, al menos, dedicarse a la orden, para recibir el consolament. La lógica imponía, pues, que el moribundo fuera bautizado previamente a su muerte

en la religión que adoptaba en el último instante. Así, el ritual del consolament de los moribundos sólo podía desarrollarse en una comunidad de la orden donde el moribundo era transportado si lo pedía.

Quien quisiera morir como cátaro debía hacerlo dentro de las reglas cátaras.

La primera de sus reglas procedía del vasto capítulo de la abstinencia, la cual se compartía con la eterna relación entre obligación y prohibición de hacer o de no hacer, es decir, la observación y la abstinencia.

Para hacerlo, se preguntaba al moribundo si tenía la voluntad de satisfacer los preceptos de Dios.

¿Tenéis la intención de obedecer las prohibiciones de Dios y sus mandamientos? ¿Observaréis las costumbres de su Iglesia, que os prohíben la mentira, el juramento y el homicidio? ¿Mantendréis vuestro cuerpo y vuestros bienes, actuales y futuros, al servicio de Dios y de los cristianos? ¿Os abstendréis de cualquier relación carnal? ¿Os abstendréis de todo alimento animal de sangre, pájaro, bestias que corren o que trepan, huevos y lácteos? Por el amor de Dios y por la salud de vuestra alma, ¿estáis preparado para soportar el hambre, el frío, la ignominia y la persecución?

El término persecución se añadiría más tarde.

Cuando el moribundo expresaba su voluntad de someter su porvenir a la observación de esas reglas, comenzaba el ritual del consolament. Hombre o mujer, el postulante, debido a su deterioro físico, no podía mantenerse en pie y descansaba sobre una cama. Por eso el mantel blanco que cubría la mesa ante la que se prosternaba el postulante, estaba entonces sobre la cama del enfermo o incluso sobre la sábana que le cubría.

El oficiante sujetaba las manos del moribundo entre las suyas. Como en el primer caso, le invitaba a que orara pronunciando estas palabras:

Esta es la oración que Jesús dio al mundo y que los hombres buenos han recibido. No beberéis ni comeréis hasta que la hayáis dicho y si por negligencia la olvidáis, deberéis hacer penitencia.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, el enfermo contestaba así:

La recibo de Dios y de la Iglesia de los hombres buenos.

Un perfecto apoyaba entonces el Libro santo en la cabeza del enfermo y los demás tendían su mano derecha por encima de él. Todos juntos, los presentes recitaban el padrenuestro y el anciano comenzaba la lectura del Evangelio de San Juan.

Así se desarrollaba el ritual del consolament de los moribundos, que después continuaba como el rito habitual.

Pero si bien es cierto que todos los moribundos creían serlo, se daba el caso de que algunos no morían y se recuperaban.

El superviviente pertenecía en cuerpo y bienes a la Iglesia. ¿Qué pasaba entonces?

El primer problema que se planteaba era el de sus bienes. ¿Había donado todo y ahora se encontraba sin nada? ¿Había creído sucumbir a una muerte que no se había producido y que le dejaba totalmente desprovisto, así como a los suyos?

Si la cuestión de la hora de la muerte no concernía más que a Dios, la cuestión de la vida era un mecanismo muy terrenal. Por eso toda persona que quisiera morir en la esperanza cátara, tenía cuidado de hacer previamente su testamento. Lo contrario, por otra parte, hubiera sido bastante inmoral, y la orden cátara, con su indispensable voto de pobreza, no lo aceptaría.

En caso de no morir en ese instante se planteaba un segundo problema, el de la pertenencia a la orden, puesto que el creyente había adquirido el compromiso.

Sucedió, claro está, que hombres o mujeres jóvenes, en un tiempo gravemente enfermos, después recuperados milagrosamente, no desearan de ningún modo, incluso siendo creyentes, pasar el resto de sus vidas en un ascetismo que les privaría de todos los placeres de la vida.

No sabemos cuál era la solución prevista para estos casos, pero seguro que habría una, que dependería del obispo.

Este problema se planteaba con menor intensidad en los ancianos que ya habían obtenido de la vida su dosis de penas y alegrías. En su caso se permanecían habitualmente en un tipo de vida que, a fin de cuentas, tranquilizaba sus deseos. También es verdad que un cuerpo menos exigente podía privarse con más facilidad de todo lo que ya había tenido.

Fuera como fuese, en ese segundo caso el recién bautizado debía confirmar su vocación atravesando un periodo de abstinencia probatoria y

suplementaria, al final de la cual era admitido por el obispo para un bautismo definitivo.

Esta segunda prueba, la endura, fue criticada por todo el mundo. Se acusó a los hombres buenos de querer acabar con los moribundos con el ayuno para apropiarse de sus bienes. Se trataba de comentarios malintencionados, procedentes de la maledicencia popular.

La convenensa

Mientras fue posible morir, según las propias convicciones, en los brazos de los perfectos para recibir el consolament de los moribundos, todo fue bien en el mejor de los mundos cátaros.

Pero al comienzo del siglo XIII, la represión de la Iglesia se endureció contra la libertad de culto y se hizo acuciante el problema de la muerte repentina. Tal era el problema que, además de las pequeñas guerras religiosas que se producían, la cruzada de Simón de Montfort se anunció y estuvo lista para ver la luz en 1209.

¿Qué hacer, entonces, por un creyente sincero pero no perfecto, que corre el riesgo de morir de repente?

Para eso se creó la institución de la convenensa. La convenensa era un compromiso, especie de pacto entre el creyente y la Iglesia. Por ese pacto de conveniencia mutua, la Iglesia cátara se comprometía a conceder el consolament a un moribundo, aun cuando estuviera en pecado, incluso si no pudiera hablar, y por lo tanto pronunciar la oración.

Era la única manera de salvar el alma de los creyentes que se batían por la Iglesia. Esto permitió a la orden cátara combatir con la seguridad de que, aun habiendo matado hombres, el alma del creyente conservaría una oportunidad de acceder a un mundo mejor.

Pero también permitiría a aquel que no tuviera la suerte de fallecer en los brazos de un perfecto, morir con la esperanza de que su Dios, gracias a su fe sincera, le perdonaría su condición de pecador.

Sobre la ética cátara

El perfecto, asimilado a la orden de su religión, es un hombre que recorre el camino hacia la redención de su alma en Dios y en el mundo feliz de lo invisible.

Este largo camino en solitario lo recorre, claro está, con el único vehículo a su disposición, un cuerpo al que desdeña, pero que es inseparable del alma. De ahí emana el segundo principio de la dualidad cátara.

Esta dualidad llegará hasta el antagonismo y por fin hasta la última victoria con la aceptación, indescriptible e incomprensible, del martirio: sacrificar el cuerpo en las hogueras de la represión. Montségur, si bien no fue la única, sí es su el símbolo.

Pero en el fondo de la ética cátara reside una paradoja mal resuelta que hace oscilar el espíritu del perfecto entre el desprecio a su cuerpo, máxima expresión acabada de la vida, y el respeto a la propia vida bajo todas sus formas, ya que él mismo es, en el fondo, sólo un animal.

Se dice que en la época dorada del catarismo un perfecto al que atacara un ladrón no se habría defendido sino que incluso le habría entregado la vida.

Toma mi cuerpo antes que mi dinero, puesto que el cuerpo es mío y mi dinero es de la orden.

¿No apreciamos aquí una Iglesia terriblemente contradictoria, que sólo toma el alma de sus ministros y ordena mortificar esos cuerpos que luego abandona?

Los cátaros no juzgaban a las gentes ni a las cosas.

¡No juzgues o serás juzgado!

No golpees o serás golpeado.

Esto permite suponer que el perfecto era grande por el ejemplo más que por la palabra y la comunicación con sus semejantes.

Quien no mira a su prójimo, ¿puede amarlo? ¿Amaron los cátaros a sus semejantes? ¿Estos hombres fueron grandes hasta el punto de ser incapaces de amar? ¿No se trataría de la expresión de una hipertrofia de su ego?

Esto hace mella en la orden católica, cuya divisa es amar a los demás.

Ciertamente, hubo suficientes santos en la religión católica para rellenar un calendario. Pero todos los cátaros fueron santos sin alternativa posible.

Solemos decir que un espacio sutil y de esencia indefinible separa al loco del genio, espacio en el que la cualidad del proceso al acto es sólo el aspecto más aparente. ¿Cómo es la naturaleza del espacio que separa al creyente del hombre de fe y a este del mártir?

Un gran número de estos hombres y mujeres fueron santos. Entre ellos muchos murieron (¿felices?) en las hogueras. Esta felicidad inhumana de los seres «salvados», ¿es loable? ¿Es deseable, porque es ejemplar?

¿Qué significado posee el testamento cátaro si no es el de habernos mostrado, en su grado más alto, la insondable dualidad que divide a todo hombre entre la atracción y la repulsión, el bien y el mal, el infierno y el cielo más lejano aún que la belleza que sólo se retiene con las manos ávidas de ella?

¿Qué queda hoy del catarismo?

Sin duda, lo que queda en la actualidad es algo de misterio. Se ha escrito mucho sobre un tesoro cátaro que nunca fue encontrado y que, de vez en cuando, algún obstinado trata de encontrar basándose en nuevos descubrimientos.

Los hechos y gestas de los últimos ocupantes de Montségur son muy célebres.

Como última plaza fuerte cátara que fue, la fortaleza albergó a mucha gente, perfectos, perfectas, caballeros y soldados e incluso niños. También encerraba la fortuna de los cátaros, es un hecho comprobado.

El castillo, encaramado sobre su pog, tenía un acceso hasta tal punto difícil que no habría sido jamás tomado de no haberse rendido a finales del mes de marzo de 1244. Porque además de ser difícil de asediar, había sido mal asediado. Los accesos secretos discurrían sinuosos a través de gargantas y rocas, senderos poco practicables incluso para las cabras, pero que permitieron a los defensores comunicarse siempre con el exterior. Por uno de esos senderos salió el tesoro a finales del mes de diciembre de1243. El testimonio posterior de Imbert de Salles, uno de los últimos defensores, da fe de esta fuga. Veamos su declaración:

El hereje Mathieu me dijo que él mismo y Pierre Bonnet, que era diácono entre los herejes de Toulouse, salieron de Montségur y se llevaron el oro, la plata y una gran cantidad de monedas. Pasaron por el lugar donde

las gentes de Camon montaban la guardia. Estos les indicaron el camino por donde pasar y pudieron atravesar libremente.

Los dos herejes fueron entonces a una gruta en el Sabarthès, que estaba defendida por Pons-Arnaud de Châteauverdun. Era en época de las Navidades.

Estas frases alimentaron la imaginación de muchos buscadores de tesoros, pero parece que ninguno, hasta la fecha, ha experimentado la alegría de poder justificar esta esperanza.

Desde entonces, el tesoro sin encontrar de los cátaros entró en la leyenda y no dejó jamás de respaldarla.

La lógica, el simple sentido común, nos permiten creer que hubo en efecto una gran cantidad de oro y de monedas en posesión del clero cátaro, y que Montségur fue su último refugio. Pero hablar de un tesoro parece ser más bien un malentendido. Pero, qué más da, dejemos soñar a los soñadores.

El hombre de nuestro tiempo, cada vez más asustado por su porvenir, mira habitualmente hacia su pasado con el fin de encontrar alguna razón para la esperanza. Por otra parte, las religiones ya no proporcionan lo que antiguamente aportaban. ¿El cristianismo? Demasiadas mentiras piadosas. ¿El islam? Demasiado fanatismo. ¿El budismo? Demasiado oriental.

El hombre ya no sabe en qué creer, y sin embargo su necesidad de creer permanece intacta, puesto que, por encima de su capacidad evolutiva, el hombre es invariable.

Las sectas despiertan miedos, la religión ya no soluciona nada, los hombres se vuelven hacia su historia.

Durante largos siglos, los cátaros fueron olvidados. Pocos han sido los historiadores interesados en ellos. Sin embargo, podemos citar a Voltaire, ese gran buscador de sabiduría, defensor de causas perdidas.

Después de su muerte, el catarismo no dejó de desvirtuarse. Algunos historiadores, agudos psicólogos por otra parte, encuentran a veces en los balbuceos de una anciana desdentada de la montaña Noir un fragmento de oración cátara; en un ligero gesto, un brazo que se extiende para imponer la fe, y en una palabra de consuelo un resurgimiento.

Sin duda siglos de represión dejaron huellas indelebles en el espíritu de estos campos puesto que, después de la represión del catarismo, vino la del protestantismo; lo que subsiste no tiene que ver con los cátaros, es

solamente un sentimiento anticlerical. Porque aquellos que están en contra de la religión están cerca de los religiosos; se ha querido ver, en esos contrarios, una secuela del catarismo. Sólo se trata de la imaginación de algún sentimental.

Los historiadores, desde el periodo ferozmente anticlerical de este comienzo de siglo, han dejado de lado posiciones religiosas preconcebidas. Incluso en el caso de monseñor Griffe, tendencioso por naturaleza, no encontramos en su trilogía de los años setenta la menor huella de antiguos rencores, como mucho algunas posturas, profesionales pero matizadas.

Conviene destacar aquí el interés de los Cahiers de Fanjeaux, cuya calidad histórica está por encima de cualquier sospecha y que proceden de la sociedad histórica de la ciudad de Fanjeaux. Esta sociedad realiza una publicación anual con el resultado de sus investigaciones. En 1979, la historia del catarismo fue el tema de un cuaderno digno de mención.

No podíamos olvidarnos de una segunda corriente de interés, la del esoterismo, que incluye en un mismo saco los escritos de Flavio Josefo (contemporáneo de Cristo), la Tabla redonda, el Grial, los Templarios, en fin, todos los tópicos de ese inventario tan conocido.

Actualmente, los historiadores parecen dividirse en dos corrientes de pensamiento. Una se fija principalmente en el drama de la cruzada, la otra en el drama religioso.

Entre las dos se podrá distinguir, si se presenta el caso, el viejo sueño del Mediodía rojo que supo llevar la república al norte. De este modo pasamos suavemente de lo religioso a lo político.

Es probable que cuando Europa haya engendrado un sentimiento supranacionalista se vean resurgir poderosas llamadas al regionalismo.

Hace algunos años, los cátaros fueron también el tema de un programa de televisión y después, siguiendo su estela, de una canción. ¿Cuándo llegarán los pins y los videoclips?

Ojalá todo lo dicho pudiera enseñar a los hombres a ser un poco menos fanáticos...

Índice